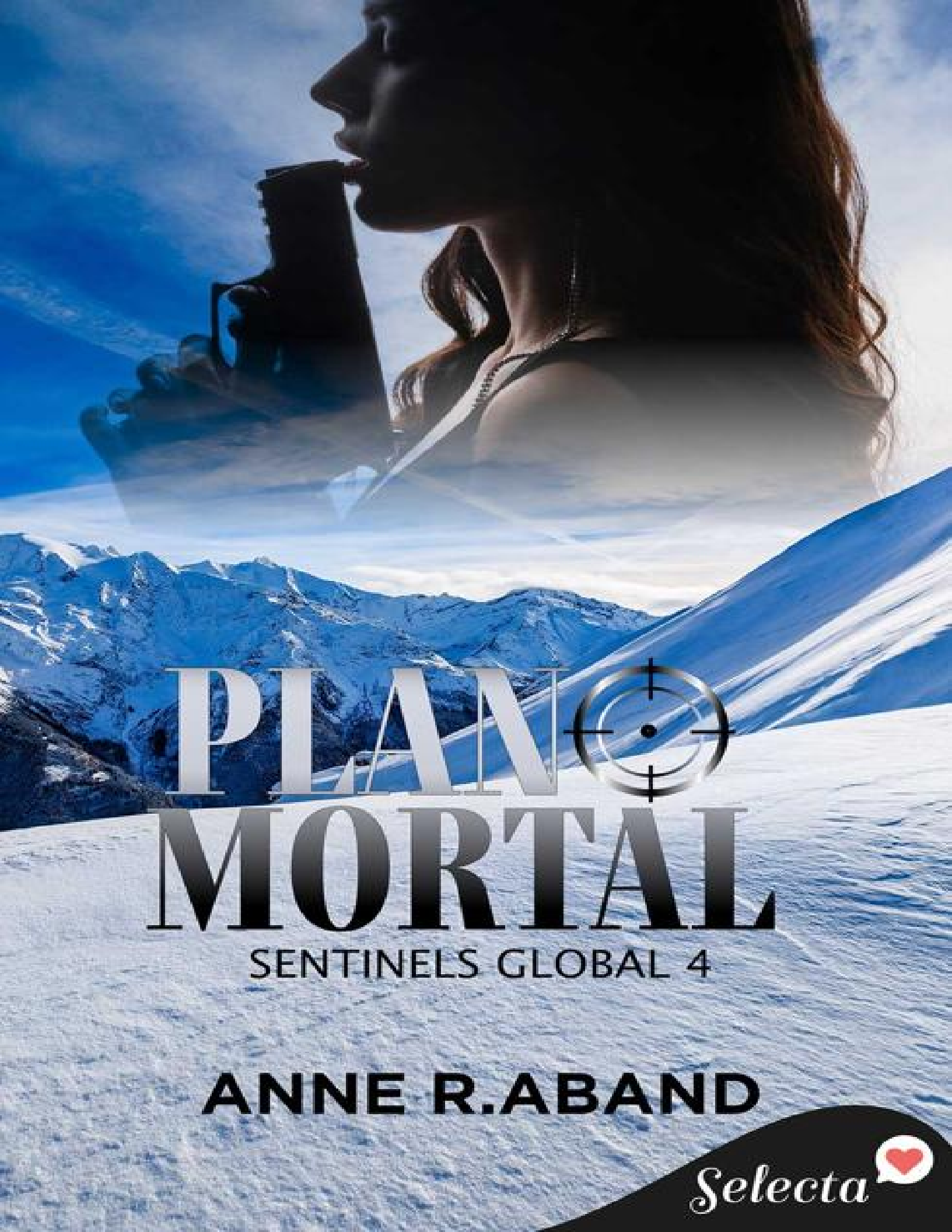


PLAN MORTAL

SENTINELS GLOBAL 4

ANNE R. ABAND

Selecta

Plano mortal

SERIE
Sentinels Global 4

Anne R. Aband

Selecta

Capítulo 1: La misión

Misión: Leo Duarte

Objetivo: Leo Duarte.

Datos físicos: edad, 34; altura, 1,88; cabello castaño claro; ojos pardos; complexión atlética.

Datos laborales: actor de cine.

Datos sentimentales: se le relaciona con muchas mujeres, ninguna en concreto.

Residencia habitual: entre Miami y Madrid, donde se encuentra ahora por el rodaje de su última película.

Misión: no despegarse del objetivo hasta que se termine la amenaza.

—¿Qué es esto, señora Moreau? No lo entiendo.

Dejó el dossier del actor Leo Duarte sobre la mesa y se quedó mirando a la mujer, que parecía una madura oficinista muy elegante, y, sin embargo, la envolvía un aura de peligro que hacía que todas las alarmas sonasen en sus oídos.

—Señorita Fernández, tengo su currículo encima de la mesa desde hace varios días, sé que fue policía nacional y que, por motivos

personales, según consta en su ficha, dejó de trabajar hace unos dos años. También sé que, desde entonces, se ha dedicado a asesorar a empresas sobre temas de seguridad, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, pero sigo sin entender.

—Además, sé que no le van bien las cosas y que su exmarido quiere la custodia de su hija porque no puede tener una casa para usted sola y está compartiendo piso con dos personas.

Lucía se sonrojó y cabreó a la vez. Apretó los brazos del sillón del lujoso despacho de Sentinels Global, donde una de sus primeras jefas le había dicho que acudiera, que tal vez tuvieran algo para ella. Se moría de la vergüenza al ver que sus temas personales habían dejado de ser privados. La señora Moreau carraspeó.

—Mire, Lucía, siendo franca, la persona que la recomendó es su antigua jefa a la que conozco desde hace muchos años y solo nos habla de personas valiosas.

—¿Valiosas o desesperadas? Porque veo que me ha investigado a fondo. Roza la ilegalidad.

—Oh, no, por suerte o por desgracia, todos nuestros datos están en Internet y en páginas públicas, solo hay que saber buscar y tengo un equipo muy eficiente. Por eso, sé que es la persona indicada.

—Entonces, ¿en qué consiste el trabajo? —preguntó, haciendo un gesto de advertencia con la mano—, no sé si lo voy a aceptar.

—Somos una empresa de seguridad privada, por lo que realizamos tareas que necesitan algunas personas, normalmente con gran poder adquisitivo. Cubrimos esas necesidades con personal que ha pasado por el ejército o la policía. Nos estamos expandiendo a otras ciudades europeas como Madrid y digamos que este sería un trabajo importante para comenzar.

—Parece mucha responsabilidad.

—Sé que es una persona responsable y concienzuda, según su

exjefa, como un perro de presa que no la suelta hasta que la atrapa.

—Y así me fue. ¿No le ha contado la jefa por qué me largué?

—No, y no me importa, la verdad.

—Está bien. Entonces, ¿qué debería hacer?

—El señor Duarte está rodando en la sierra de Madrid una película policíaca y la productora necesita una asesora. Usted ya tiene un currículo en esa materia, así que nadie sospechará que, en el fondo, lo está protegiendo.

—¿Y de qué tengo que protegerlo?

—Este hombre… se ha metido en un lío y ha visto lo que no debía. Así que ahora quieren impedir que testifique. Él no quiere protección, pero su manager, que es amigo de un amigo, insiste en que alguien lo acompañe.

—¿Contra quién va a testificar?

—Es alguien con mucho poder y dinero. Según me dijo su manager, Pedro, Leo está convencido de que como es un actor famoso, nadie se atreverá a tocarlo, pero está recibiendo amenazas. Por eso, no le vamos a decir que lo estará protegiendo, solo actuará como asesora. Y debido a que están en la Sierra, instalados en una casa donde duermen con los actores, Pedro le conseguirá una habitación cerca de la de Leo.

—Señora Moreau, tengo una hija, no puedo dejarla así como así. Tiene seis años.

—Con este dinero va a poder dejar de trabajar un año, si quiere. El juicio es en tres semanas. Y podrá hablar con ella. ¿No cree que merece la pena perder tres semanas y ganar todo un año?

—¿Puedo pensarlo un par de días?

—La verdad es que no. Si no acepta, tendré que pasar de inmediato al siguiente de la lista. No es una broma, Lucía. Esto es serio. Usted está preparada y es perfecta para el trabajo, pero

entiendo que no pueda hacerlo.

Miró a través del cristal. La lluvia estaba cayendo con fuerza y tenía que arreglar el coche. Y puede que buscar un piso solo para las dos, aunque sea pequeño. Tal vez su ex podría tener a la nena esas tres semanas. Con las vacaciones de Navidad a la vuelta de la esquina, podría ser una opción.

—Está bien. Acepto.

—Llévese ropa de abrigo y también de deporte, el señor Duarte es de esos que hacen ejercicio a todas horas. No sé si lo conoce.

—Lo tengo visto.

Ella sonrió y asintió. ¿Quién no iba a conocer a Leo Duarte? No solo porque hacía películas superventas de estilo romántico, sino porque se había liado con un par de actrices de Oscar y se movía con tranquilidad en el mercado americano. Además, se rumoreaba que lo iban a contratar para el próximo James Bond.

Se despidió tras firmar el contrato de confidencialidad y que la señora Moreau le enviase los datos por correo. Era un buen trabajo en un mal momento.

Cuando se enterase su hermana pequeña de que iba a trabajar con Leo Duarte, iba a dejarla sorda por tanto que gritaría. Decía que estaba enamorada y que iba a ser el padre de sus hijos, aunque ella solo tuviera diecinueve. Una obsesión terrible que hacía que ella conociera muchos aspectos de la vida del actor, porque siempre estaba hablando de él. Al menos, no le haría falta demasiada documentación.

Eso sí, tendría que contarle todo cuando acabase, ya que el acuerdo de confidencialidad le impedía comentarlo en ese momento. Sonrió pensando que iba a asombrarse muchísimo. Llamó con disgusto a su ex.

—Dime, Lucía. ¿Pasa algo?

—No, Lucas. Me ha salido un trabajo especial. ¿Puedes quedarte con Gigi tres semanas seguidas?

—¿Qué trabajo?

—No importa. ¿Puedes o no?

—Claro que sí, es mi hija. Pero…

—Esta noche te la llevo.

Colgó sin ganas de seguir hablando. Lucas no era un mal padre, pero sí había sido un mal marido. Miró la hora, podía pasarse por la oficina que compartía con dos abogadas y una trabajadora social. No podía pagarse un despacho para ella sola, pero tampoco estaba mal estar con tres mujeres que trabajaban tan duro por salir adelante. Igual que ella; aunque su vida parecía perfecta y luego cayó en picado.

Abrió el piso y escuchó jaleo en el despacho de la trabajadora social, Eva. Corrió hacia allá y vio que estaba siendo amenazada por un tipo grande, que la tenía contra la pared con el antebrazo en el cuello. Ella estaba llorando e intentando tranquilizarlo. Lucía no se lo pensó.

Le dio una patada en la rodilla, algo que hizo que el tipo soltara el agarre y aullara jurando en cualquier idioma. Se echó hacia atrás y ella echó la mano hacia atrás, bajo su americana.

—No me hagas sacar la pistola, tío. Acabarás muy mal.

El tipo rugió cabreado, pero ella lo miró fijamente a los ojos y dio un paso hacia él. Luego, él miró a Eva y le dio una patada a la silla, pero salió por la puerta bajo la vigilancia de Lucía. Cerró de un golpe y ella corrió a atender a su amiga.

—¿Estás bien? Llamamos a la policía y lo denuncias.

—No, no. Es… es mi hermano, Lu. Quería dinero. Te lo agradezco, pero no puedo denunciarlo, mi madre se disgustaría mucho y además, no iba a hacerme nada.

—¿Nada? Llevas una marca horrible en el cuello, Eva. Por dios, si no llego a aparecer…

—Gracias, pero no. A veces tiene malos momentos, pero no es malo. ¿Ibas a dispararle?

—Por supuesto que no, ni siquiera la llevo, joder.

Recogió las cosas que había tirado su hermano, pero Lucía insistió.

—Eva, ¿qué será la próxima vez? ¿Te dejarás matar?

—Por favor, te ruego… basta. Si quieres hacerme un favor, pon el hervidor para hacerme una infusión —contestó temblorosa.

Enfadada, se dirigió a la cocina donde tenían un poco de todo. Las cuatro trabajaban mucho y la mayoría de las veces se quedaban a comer allí. Las abogadas estaban en el juzgado en este momento, aunque no tardarían en llegar. Hablaría con ellas para que les echaran un vistazo a las posibilidades, quizá una orden de alejamiento, pero siendo su hermano, sería muy complicado, sobre todo porque ella se negaría.

Llevó las dos infusiones al despacho de Eva, que la miró con cierta vergüenza.

—Mi hermano tuvo problemas con las drogas de joven y quedó mal. Ahora no se droga, pero bebe y no sé si juega. Si mi madre no estuviera en una residencia, habría vendido hasta su ropa. Sé que es un tema horrible, pero no puedo pagarle la rehabilitación y malvive en la calle. ¿Qué quieres que haga?

Se echó a llorar y Lucía fue a consolarla. Lo cierto es que las cuatro tenían historias duras. Amanda, una de las abogadas, era una mujer trans a la que le habían puesto las cosas muy difíciles a lo largo de su vida y Carol había sufrido de cría un secuestro y todavía se sobresaltaba ante los ruidos fuertes, aunque ella nunca hablaba del tema.

—¿Y qué tal esa entrevista de trabajo, Lu?

—Bien, la verdad. Voy a tener un puesto tres semanas como asesora en un rodaje de una película de policías. Así que como desapareceré de aquí ese tiempo, si no te encuentras segura en tu piso, puedes ir al mío, por si tu hermano va a buscarte. Mis compañeros de piso no van a poner problema y de paso me riegas las plantas.

—Tú no tienes plantas, Lu —dijo ella con una pequeña sonrisa—, pero quizá sí. Ayer se presentó en casa y casi logró entrar.

—Por eso te digo que deberías denunciarlo a la policía. Algún día vas a tener un disgusto.

—Cerraré bien la casa y llevaré todo lo personal a un trastero, así, aunque entre no se podrá llevar nada. Tengo el piso casi vacío, no queda mucho que pueda vender.

—¿Sabía de este despacho?

—Nunca le hablé de él, pero puede que me haya seguido. No sé qué hacer, y mira que veo este tipo de casos a menudo en mi trabajo, pero cuando te toca a ti, se complica muchísimo más. Es como… como si estuviera en un hoyo del que no puedo salir.

—Todo se arreglará, y puedo hablar con algún compañero para que le eche un vistazo…

—No. Por favor. Si lo detienen…

—A lo mejor así le arreglan la vida. Pasaría por un proceso de desintoxicación y tal vez fuera mejor para él. Y, sobre todo, para ti. Prométeme que lo pensarás.

—Está bien. Cambiemos de tema, por favor —dijo agobiada y asintió mientras se tomaban el té con unas galletas—. ¿Vas a ver a algún actor o actriz famoso en esa película?

—Es posible, pero he firmado un contrato de confidencialidad. Eso sí, haré alguna foto y cuando acabe todo, ya os la enseñaré.

—¡Qué emoción! Además, en ese ambiente igual te das una

alegría. Desde que rompiste con Lucas no sales nada.

—Tengo una hija, ¿recuerdas?

—Cuando Gigi está con su padre, ¿acaso no podrías salir?

—Aprovecho para organizar nuestra habitación. Tener una niña de seis años es complicado.

—Tu habitación está tan perfecta que no parece que viva una niña; tu hija es encantadora y se porta de maravilla. Jamás ha protestado por vivir de esa forma y compartir baño o cocina con otras personas. Eso es un aprendizaje tremendo para ella.

—No me queda otra, Eva. La vida a veces es muy perra, nosotras lo sabemos bien.

—Sí, creo que cuando buscábamos piso, el cielo hizo su trabajo para que nos encontrásemos.

Sonrió. Cierto. Las cuatro buscaban un despacho y la agencia las citó a la vez para visitar el piso, pensando en que, con más competencia, alquilaría más caro y rápido, pero ellas congeniaron muy bien y después de verlo, fueron a tomar un café. En dos días ya tenían una sociedad limitada creada y lo consiguieron a mucho mejor precio. Así que ahora eran Asesoras Cibeles y cada una tenía que pagar solo una cuarta parte, lo que sí era viable.

Dejó a Eva sola y se fue a su lugar. Encendió el portátil y empezó la búsqueda de Leo Duarte. Ya sabía quién y cómo era, pero se metió en foros y otros lugares menos recomendados. Tal vez debería hacer una búsqueda más profunda.

Cuando era policía estuvo cinco años trabajando en delitos informáticos. Sabía bien que la información se podía encontrar solo en Internet, sin necesidad de *hackear* o meterse en otros lugares prohibidos. Por supuesto que la señora Moreau la había encontrado sin problemas, a pesar de que ella apenas subía nada. La gente era tan feliz compartiendo sus gustos, sus *likes*, su ubicación, y muchas

fotos personales de sus casas, sus calles y lo peor, sus hijos. Además, ahora con la inteligencia artificial, la información falsa estaba al cabo de la calle. Cualquier famoso podría invitarte a invertir o incluso a tener una relación, eso sí, con dinero de por medio.

A veces pensaba lo solas que debían de sentirse las personas como para pensar que un actor de Hollywood las había encontrado y enamorado de ellas. O lo ambiciosas que eran cuando una princesa o un CEO les ofrecía la inversión de su vida. Eso no ocurría. Nunca. Y, sin embargo, el número de ciberestafas había aumentado.

Se metió en una de las páginas oscuras que había visitado en su día y encontró un vídeo de Leo Duarte. En él, estaba follando en una cama de forma bastante dura con dos mujeres. La escena era muy fuerte. En un momento dado, se retiró y ambas comenzaron a chupársela con ganas, mientras él gemía, desnudo y de pie. Su culo era tan musculado que según decía Amanda de algunas parejas, se podría partir nueces con los mofletes. Casi se echó a reír si no fuera porque se estaba poniendo bien caliente.

Cuando estaba a punto de correrse, apartó a las dos mujeres y se la movió hasta que un chorro espeso de semen salió disparado a la cara de ambas. Entonces ellas empezaron a chuparse y besarse. Uf. Lo quitó. Era un poco fuerte, aunque a la vez, la había puesto cachonda. Pero claro, podría ser un vídeo hecho con IA.

Siguió mirando, solo por curiosidad, se dijo. Llegó a otro vídeo donde el tipo se estaba masturbando y por dios que tenía una polla enorme y dura. Cerró el ordenador de golpe, nerviosa. Luego lo volvió a abrir y borró todo el historial.

—Maldita sea, ahora cuando lo vea, solo podré imaginarme su mano meneándosela. Mierda. ¿Y a qué fin hay vídeos de él así? Es un actor famoso.

Miró el reloj y se despidió de las chicas que habían vuelto del juzgado, comentándoles que no estaría en unos días. Se fue con Amanda aparte y le explicó la situación de Eva. Ella dijo que vería opciones y que estaría atenta. En su caso no fue su familia, sino en el colegio donde la acosaron solo por ser un chico que quería ser chica.

Además, debía volver a casa para ordenar la habitación y hacer la maleta de Gigi y la suya.

Una vez que lo hizo, fue al colegio para buscar a su hija. Lo cierto es que ser asesora le daba mucha libertad, aunque no tuviera una economía muy boyante. O más bien, bastante precaria.

Gigi corrió a sus brazos cuando la vio. Empezó a contarle las cosas del colegio. Era una preciosa niña de seis años, de cabello castaño y gafas, de momento era bajita para su edad, pero puesto que su padre medía metro ochenta y ella solo cuatro centímetros menos, le había prometido que sería muy alta. Quería hacer judo para ser tan fuerte como su madre y eso la llenaba de orgullo.

Caminaban por la calle de la mano, esperando cómo decirle lo del trabajo.

—Oye, Gigi, resulta que tengo un trabajo importante durante tres semanas y debo viajar fuera. He hablado con papá y te vas a quedar con él. ¿De acuerdo?

La niña se paró y la miró muy seria.

—Mami, no pasa nada. Hay que trabajar, la tía Sofía siempre me lo dice y que eres muy buena madre. Estaré bien. Pero ¿podremos hablar todas las noches, aunque sea por videollamada?

—Claro que sí, mi vida —dijo emocionada. ¿Cómo era que tenía una niña tan sensata?

—Eso sí, me dijo Sofía que la semana que viene iríamos al cine a ver la película de las brujas, papá no dirá nada, ¿no?

—Seguro que no. Entonces, ¿bien por el cole?

La niña siguió parloteando animada hasta que llegaron al piso, donde le preparó la merienda mientras ella hacía los deberes antes de llevarla a casa de su padre. Puede que debiera no haber renunciado a un puesto fijo como policía, pero se le hizo demasiado difícil.

Una vez que acabó y con la maleta, tomaron el metro hasta la zona residencial de su exmarido. Él seguía manteniendo una buena vida, y aunque al principio el divorcio había sido muy duro entre ellos, ahora se toleraban por el bien de Gigi.

Llamó al automático y le contestó la voz de ella. Maldijo en silencio; Lucas sabía que iba a llevarle a la niña.

En el ascensor y tras prometerle que la llamaría y darle varios abrazos, salieron al rellano. La nueva esposa de Lucas, Paloma, salió a recibirlas y le dio un beso a Gigi, que sonrió contenta. Eso le estrujó el estómago.

—¿No está Lucas?

—Llegando. Ya sabes cómo es vuestro… su trabajo.

—Entonces, me voy. Pórtate bien, ¿de acuerdo?

—Mamá, por favor, siempre lo hago. Ten cuidado y llámame, porfitas.

—Lo haré.

—¿Un nuevo trabajo, Lucía? —preguntó ella amable.

—Sí. Nos vemos.

Salió de la casa con una sensación agridulce. Se alegraba de que Gigi se llevara bien con la mujer de su padre, y a la vez, sentía miedo de que ella, algún día, no quisiera volver a su casa. ¿Qué iba a hacer cuando fuera mayor y no pudieran compartir habitación y menos, la cama? Necesitaba un trabajo de verdad para poder, aunque fuera, tener un piso pequeño con dos habitaciones. Pero tal

y como estaban los alquileres, sería un milagro.

Suspiró mientras salía a la calle. Quizá este trabajo le daría la estabilidad y, si encajaba con esa agencia, lo mismo podría de vez en cuando hacer algo así. No se había planteado ser guardaespaldas, aunque estaba formada profesionalmente en ello y se mantenía en forma. Vio a Lucas a lo lejos y se detuvo para esperarlo.

—Lucía, ¿ya está Gigi en casa?

—Sí, con tu… mujer. El sábado tiene planes con mi hermana para ir al cine.

—Bien, sin problema. ¿Y ese trabajo? ¿No será peligroso?

—No. Llamaré a la niña por las noches, ¿vale?

—Sí, escucha, yo no quiero que te arriesgues si es por dinero…

—No te metas en mi vida, Lucas. Me voy.

Se alejó enfadada. ¿Por dinero? ¿Por qué si no? No tenía ni puta idea. Claro, él era el que mandaba en la central. Solo a ella se le ocurrió liarse con él.

Recogió las cosas en su piso, espero a Eva para darle las llaves y tomó un taxi hasta el set de rodaje. Cuanto antes comenzara, mejor.

Capítulo 2: Petición imposible

Leo se encerró en su habitación, enfadado. No, enfadado no, cabreado, furioso. Incluso aunque Pedro llamó a la puerta, no contestó. Daba vueltas por la habitación como un león enjaulado. Cuando sintió que se marchaba, se asomó a la habitación. Al ver el pasillo vacío, salió, sigiloso. Solo había una mujer vestida con unos vaqueros y una camisa, coleta, cabello castaño. Lo miró sorprendida y lo cierto es que no estaba mal, rostro regular, sin maquillar y curvas puestas en el sitio adecuado, aunque desde luego, la ropa no era la adecuada.

—Buenas noches —dijo él mientras pasaba a su lado. Ella lo detuvo poniéndose delante.

—Pensé que no se salía por la noche. O sea, creo que los actores tienen que descansar, ¿me equivoco?

—¿Quién es usted?

—Lucía Fernández, asesora y expolicía. La productora me ha contratado para que no digan o hagan estupideces en la película. Al menos, no muchas.

—Ya, se nota que es una asesora, tiene cara de eso —dijo él con una sonrisa.

—¿Cara de qué? —contestó ella frunciendo el ceño.

—Disculpe, he sido un poco rudo. Soy Leo. ¿Quiere tomar una copa? Solo necesito despejarme un rato, nada más.

Ella se veía dudosa, pero asintió. Mientras cerraba la habitación, la observó mientras echaba un vistazo al bolso algo y vio que a pesar de su aspecto serio, su rostro era armónico y no podía disimular esas curvas bajo la camisa blanca. Se le hizo la boca agua. Si ella iba a trabajar para él como asesora, sería divertido descubrir la sensualidad de esa mujer.

Últimamente no solía liarse con la gente del rodaje, ya había tenido demasiadas malas experiencias, pero al fin y al cabo, ella era externa. En el ascensor, la miró con más detenimiento. La productora había reservado el hotel completo para el *set* y no era muy grande, pero sí tenía un restaurante con una zona de copas donde solían poner música. Sería agradable relajarse un rato de su malhumor.

El bar estaba desierto a pesar de que solo eran las diez de la noche. Le pidió al camarero un *gintonic* y ella un botellín de agua.

—Eso no es una copa, Lucía —dijo con su voz más sensual. Tenía ganas de sexo. Estaba muy cabreado.

—Para divertirse no hace falta beber, se puede pasar bien sobrio, de hecho, las sensaciones son mejor.

—¿Ah, sí? —preguntó él interesado. Se acercó unos milímetros a ella—. Dime cómo, Lucía. ¿Hay mucha diferencia entre follar con una o dos copas y de noche, a hacerlo durante el día totalmente sobrio?

Ella se quedó paralizada y se retiró hacia atrás.

—Si solo follas bebido, habla muy mal de ti. Además, creo que eso ha sido del todo inadecuado. Bastante.

—Era una pregunta inocente entre adultos —contestó él malhumorado. Había pensado que iba a tener sexo con ella. ¿Quién

se resistía a él? Nadie—. ¿Estás casada? ¿Con pareja?

—¿Y eso a qué viene? Mira, mejor me voy a mi habitación.

—Vale, lo siento. Veo que no te intereso. He sido un poco bruto.

Ella levantó la ceja y él soltó una risa.

—Bastante bruto. Es que estaba tenso y malhumorado, supongo que pensé que el sexo casual me relajaría.

—Tienes manos, ¿no? Úsalas para relajarte.

Leo, que estaba bebiendo, se atragantó y luego se echó a reír.

—No pareces un tío que se enfade a menudo, ¿me equivoco?

—La verdad es que no.

—Y tampoco se te resisten las tías. Que pasa, ¿se abren de piernas nada más verte?

Él volvió a reírse y afirmó con la cabeza.

—No lo puedo evitar. Algunas se hacen las interesantes y se resisten, pero siempre caen.

—O no. Algún día se te va a resistir alguna, Leo.

—Como tú, ¿no es así? O tal vez no te interesan los hombres.

—No los hombres como tú —dijo levantándose—. Deberías irte a dormir, ¿no empieza el rodaje a las seis?

—Sigo tenso. Me quedaré un rato.

Ella pareció dudar, pero volvió a sentarse.

—¿Qué te ha pasado?

Él miró hacia la cristalera, por encima de la cabeza de Lucía. La lluvia caía cada vez menos fuerte, lo que sería perfecto para la escena exterior que rodarían. Un asesinato en la sierra y él iba a ser el policía que investigase el asunto. Con todo lo que había estudiado, con lo que se había preparado para protagonizar una película de acción se vería reforzada su faceta como actor serio, o eso esperaba. Y su agente le había dicho que pasaría a ser coprotagonista y que una actriz de renombre había aceptado el papel, aunque todavía no

sabía quién. Se acabó su exclusividad.

—Ya sabes, el ego de los actores, ahora tengo una coprotagonista —dijo sin pensar. La miró, arrepentido de habérselo contado. Pero ella, lejos de tomárselo a broma, asintió.

—La competencia es feroz, ¿no es así? Y no sé cómo será tu papel, pero si vas de machito, no vais a vender una entrada. Supongo que han querido compensar tu exceso de testosterona.

—Es el papel que me han dado. Debo ser duro, implacable, frío. Un hijo de puta.

—Algo que tú no eres.

—Para nada. Mi agente dijo que era mejor salir del encasillamiento de las películas románticas donde quizá no iba a avanzar más.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en ellas?

—¿Has visto alguna? —preguntó con una sonrisa y avanzó hacia ella. Lucía levantó la mano.

—Es posible. No veo nada malo en hacer comedias románticas, haces feliz a la gente. A veces, nos parece que lo que hacemos es malo por diferentes razones.

—Los críticos decían que ese no es cine de verdad. Yo quería…, quiero algo más.

—Hay mucha estupidez en el mundo y desprecian todo lo que no sea literario, serio o aburrido, dicen que es chabacano o peor, de mujeres, y eso todavía me pone de peor humor. Que si quieres hacer películas románticas, hazlas, disfruta de ellas y haz disfrutar a las personas que te ven. No hay nada de malo en ello. Que nunca ganarás un Oscar, ya lo sabes, pero a cambio supongo que estarás forrado de pasta.

—Sí.

—Pues eso. ¿Qué te toca coprotagonizar con una mujer? Tampoco pasa nada. Haz bien tu trabajo y listo.

Ella respiró agitada. Él la miró con curiosidad. Su rostro estaba arrebolado y los ojos brillantes. Lo peor fueron los labios, abiertos, jugosos. Su pantalón se abultó en el sitio adecuado y aunque sí que estaba buscando sexo, no esperaba que tras ese arrebato, se excitara. Antes de meter la pata, tomó la decisión de marcharse.

—Gracias, Lucía. Creo que me voy a dormir.

—Bien. Daré una vuelta por aquí.

No supo por qué ella decidió quedarse, pero él fue a tomar el ascensor y subió a su habitación. Todavía no entendía qué acababa de pasar. Se echó sobre la cama, pensativo. En realidad, disfrutaba de cada rodaje de historias románticas, las fans lo adoraban y sí, su cuenta bancaria estaba muy llena, lo que significaba que le podía dar una gran vida a su hermana y a su madre. Supuso que todo empezó cuando leyó las críticas, a pesar de que incluso ellas le decían que no lo hiciera.

Lucía tenía razón. ¿Qué importa si se dedicaba a protagonizar comedias románticas? ¿O si la actriz le robaba el plano? Ya tenía varios guiones para cuando terminase esa y se lo había estado pensando, porque eran románticos. Pues bien, haría esa película lo mejor que supiera y después, ya se vería, pero estaba abierto a cualquier cosa.

Incluso a cortejar a esa mujer que había sido tan sincera. Quería conocerla, desnudarla y recorrer con sus labios cada centímetro de su piel. Adivinar qué ropa interior llevaría. Miró su calzoncillo abultado y metió su mano para agarrar su excitación. Movió de arriba abajo, pensando en sus labios, en su cuerpo y no tardó ni unos segundos en tener un orgasmo. Se limpió y con una sonrisa, se echó a dormir.

Iba a ser divertido, muy divertido, sobre todo cuando se llevase a esa mujer a la cama y le diera horas de placer.

Capítulo 3: Sin perderlo de vista

Lucía se dio una vuelta por la recepción, estaba demasiado agitada para subir a dormir, así que aprovechó para ver las entradas y salidas del hotel. Joder, claro que se hubiera acostado con Leo, pero no era profesional ni ético. Se había calentado, por todos los santos. Sus bragas debía de estar empapada.

«¿Qué habría de malo liarse con un ejemplar así?», pensó, pero al instante, negó y subió al ascensor. O tal vez…

Llegó hasta su puerta y lo escuchó jadear. O había encontrado una mujer en minutos o se estaba masturbando salvajemente. Un último jadeo le indicó que había acabado, así que se dirigió a la habitación. Eso la había calentado mucho más.

Este trabajo iba a ser extraño y complicado. Deshizo las maletas con música navideña para evitar cualquier pensamiento erótico sobre Leo, pero luego su imaginación traicionera lo vio vestido con un pantalón rojo, tirantes y nada más.

—¡Oh, por Dios! —exclamó. Encendió el portátil para leer el resto de documentación de Leo.

La señora Moreau le había enviado un documento bastante extenso. Leo Duarte, padre cubano, madre española, cuando murió

su padre, volvió a España con su madre y sus dos hermanos. Uno de ellos falleció a los quince años y solo le quedaba su hermana de diecisiete. Tenían una casa enorme en las afueras de Madrid, bastante lujosa. No mentía cuando le había dicho que estaba forrado.

Puesto que tenía un físico imponente, comenzó a posar para fotógrafos y después continuó con pequeños papeles. Parece ser que hizo alguna película para adultos, pero con el tiempo se retiró.

—No del todo, supongo —dijo en voz alta pensando en las escenas que había visto. Movió la cabeza y siguió leyendo.

No le avergonzaba haber hecho cualquier cosa para salir adelante y un día había triunfado con una película romántica. Fue entonces cuando las mujeres comenzaron a adorarle por su naturalidad y gracia, además de lo atractivo que era. Y poco más. Pero de lo que vio y por lo que iba a testificar, nada.

Miró los próximos juicios mediáticos y llegó a uno de faltas, de un productor musical. Bueno, ese podría ser. No era muy tarde y tenía que llamar a Gigi. Además, aunque le jodiera preguntarle, quizá Lucas sabría algo.

Envío un mensaje para la vídeo llamada y cuando Lucas le dio el OK, llamó. Gigi se asomó, ya en pijama y saltando en la cama.

—¡Mami! ¡Mami! Enséñame dónde estás.

Ella mostró la habitación del hotel que, si bien era algo rústica, no estaba mal.

—Pareces estar en un sitio frío, Lu —dijo su exmarido. Ella no contestó. Habló con Gigi sobre la nieve y escuchó lo que había cenado. Luego, le pidió que le dejara hablar con su padre. Ella se fue a lavar los dientes y él salió de la habitación para ir al despacho.

—Oye, Lucas, quería preguntarte algo de trabajo.

—Dime. ¿Tiene que ver con lo que haces ahora?

—No estoy segura, si no te importa…, prefiero no comentártelo.

—Está bien, ya sabes que a lo mejor no puedo decirte nada.

—Lo entiendo. Ese juicio contra el productor, el tal López, me llama la atención que sea solo un juicio de faltas y que no lo hayan evitado. O sea…, hay algo más ¿verdad?

—No sé cómo sabes eso, pero sí hay algo más. No te lo puedo decir, Lucía, pero va a ser grande. Escandaloso.

—¿Algo sexual?

—No puedo hablar más. Saca tus propias conclusiones.

—Está bien, gracias.

—Escucha, Lu. Ese tío tiene amigos muy chungos, si tienes algo que ver…

—No, solo pensé que sí, pero no. De verdad. Gracias por todo. Mañana vuelvo a llamar.

—Mira, ya sé que, aunque tengamos una tregua, acabamos mal, pero aun así, no quiero que te ocurra nada, ¿vale? Cuídate.

—De acuerdo.

Colgó sorprendida. Él había sido más que agradable y estaba realmente preocupado. Supuso que sería por Gigi.

Buscó más información sobre el tal López y encontró una antigua nota de hacía bastantes años, una acusación de acoso que se había retirado. Eso le mosqueaba y, sobre todo, pensaba que iba a suceder algo. Tendría que sonsacárselo al guaperas.

Soltó una risita. Sí que estaba bueno de verdad y ella tenía las pruebas, lo había visto entero, sobre todo, cuando se corría, se mordía el labio haciendo que ella deseara atrapárselo. Bufó, «no, esto no podía ser».

Se echó a la cama y puso la alarma a las cinco que era cuando él se levantaba a hacer ejercicio en el gimnasio. Bien, necesitaba acercarse a él, así que le tocaría entrenar.

A las cinco menos cuarto ya estaba vestida y se hizo uno de esos sobres de proteína que diluyó en un botellín de agua. Se había informado y el gimnasio estaba en la azotea, junto a la piscina cubierta. Por si acaso, se puso un bikini debajo, aunque el día se había levantado oscuro y frío, con algo de ventisca, y solo pensar en meterse en un jacuzzi caliente, le daban escalofríos. Cuando se casó con Lucas viajaron a Suiza y estuvieron en un balneario increíble. Esos días fueron únicos y ella volvió embarazada. Siempre le decían a Gigi, o Ginebra que su nombre lo eligieron cuando un hada suiza les entregó la semillita de su bebé, aunque en los últimos tiempos había empezado a hacer preguntas y más o menos le había explicado cómo se hacían los niños, sin entrar en detalles, básicamente con besos y tal. Fue un rato angustioso y difícil y sus compañeros de apartamento que estaban presentes, se pasaron más de una semana riéndose de sus apuros.

Sonrió cuando salió vestida con mallas y una camiseta de tirantes. Justo frente a ella, Leo salía con un pantalón de deporte y una sudadera ancha.

—¿Ibas a hacer deporte o me estás siguiendo? —preguntó él.

—He salido antes que tú así que técnicamente me sigues tú a mí —contestó ella empezando a avanzar. Los brazos anchos y musculados del actor salían de su camiseta y aunque lo había visto en toda su gloria, tenerlo tan cerca estaba empezando a afectarle.

—El gimnasio está en la planta cuarta. Te echo una carrera.

Salió corriendo y ella sonrió, no por nada había sido velocista en la universidad. En cuanto lo alcanzó lo pasó con facilidad y lo esperó en la parte de arriba. Él respiraba agitado.

—No me lo puedo creer. ¿No se supone que estás en forma?

—Si te digo la verdad, no suelo hacer mucho cardio, la tableta… es para lucir —contestó agitado. Se apoyó en la pared, jadeando.

—¿En serio, Leo? Jo, que decepción.

—Podría ponerme en forma, pero mi agente dice que es más importante definir —contestó él acercándose a las pesas. Ella aguantó la risa. Vaya, un musculitos de gimnasio, no un deportista. Lo esperaba, de todas formas.

Puso varias ruedas y se echó en el banco para levantar peso mientras ella se ponía en la cinta de correr. Como policía, practicaba fuerza desde luego, pero era muy importante poder sostener una carrera. Los malos eran rápidos, ya que corrían para no perder la libertad.

Miró de reojo a Leo. Subía y bajaba las pesas con facilidad y no era poco lo que llevaba encima. Debía intentarle sonsacar si era el juicio de López en el que iba a testificar. Empezó a sudar y se quitó la camiseta, dejándose solo el top con el que luego, si había suerte, podría bañarse. Entonces, escuchó una imprecación y notó que Leo tenía problemas.

Paró la máquina y saltó de ella. Tenía la mano algo retorcida y las pesas le estaban aplastando. Ella pasó la pierna sobre su torso para ayudarle a subirlas.

—Joder, sí que llevas peso. Vamos, ayúdame —dijo ella y llegaron a poner el hierro en el soporte. Él suspiró. Ella lo miró todavía casi montada a caballo en su torso—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has lesionado?

—No, estoy bien, quita de encima.

—Pero ¿qué ocurre?

Él hizo un movimiento rápido y se levantó del banco, la empujó para sentarla y entonces notó la dureza. Ella jadeó con la mano de él en su cintura desnuda.

—Eso me pasa.

Lucía lo miro curiosa. Su rostro estaba con una ligera película de

sudor y sus manos investigaban su cintura. Una de ellas había empezado a colarse por debajo de las mallas, estirando de su tanga. Ella intentó moverse, pero él la retuvo.

—Me pones muy caliente, Lucía. Y cuando te has quitado la camiseta, toda la sangre se fue al mismo lugar y perdí la fuerza —dijo con voz ronca. Su mano ya descendía por su culo y la otra viajaba hacia su pecho. Ella lo sujetó de la mano y se la retorció.

—Saca la mano de mi pantalón, Leo. De verdad, estas muy mal, tío.

Se levantó y él miró sus mallas.

—Creo que a ti también te ha gustado.

Sonrió mientras miraba la humedad que había traspasado la malla gris. Y es que cuando había tirado del tanga, el roce había sido demasiado.

—No soy de piedra, tío. Me largo a ducharme.

—Hay un jacuzzi que nadie usa —dijo él.

Ella vaciló. Él se levantó y se quitó la camiseta y después el pantalón. Su hermoso trasero caminó hacia la piscina y se metió dentro suspirando. Salía algo de vapor del agua. Eso…

—Pero no me voy a acercar a ti.

—Tú misma —dijo él desde dentro.

Ella se quitó las mallas y solo con el tanga y el top se metió dentro. Se puso en el lado contrario, aunque si se estiraba, tocarían sus pies.

—Es una lástima que no disfrutes del jacuzzi desnuda. Que el agua acaricie cada centímetro de tu piel es muy placentero.

—Joder, no.

—Si no te atreves, no pasa nada. A veces las mujeres tenéis muchos prejuicios y tonterías en la cabeza.

—¿Eres imbécil o qué?

Él se echó a reír.

—Te estaba tomando el pelo. Haz lo que quieras.

Se echó hacia atrás con la cabeza apoyada en la orilla y cerró los ojos. El agua rebotaba en su torso y pensó que le encantaría lamer esas gotas. Joder, ¿cuándo había estado tan caliente? Al principio, con Lucas. Con este hombre era instantáneo y no es solo porque estuviera tan bueno, es porque, porque…

—A la mierda —susurró. Se quitó el top y se lo tiró a la cara. Él lo cogió y la miró sonriendo.

—Así mucho mejor, Lucía. Siente el agua cómo golpea tus pechos y los hace botar. La zona de debajo de la teta de una mujer es extremadamente sensible. Cuando me acuesto con alguien, recibe toda mi atención.

—Eres un cabrón, Leo. Seguro que vas empalmado.

—Desde hace rato. ¿No te apetece uno rápido? Hay mucha tensión en el ambiente.

Miró el reloj y se levantó mostrando su cuerpo medio desnudo. Él se incorporó, a la expectativa, pero ella recogió el top y pasó de largo.

—La verdad es que paso del sexo rápido. Prefiero desayunar.

—Entonces, te daré algo muy lento, tan lento que me suplicarás que te folle y no lo haré —dijo él con voz ronca. Ella se estremeció y luego sonrió. Se agachó hasta quedar a la altura de sus labios.

—Ni en tus sueños más tórridos, Leo.

Salió, dejándolo allí, se puso la ropa y aunque iba mojada, por dentro y por fuera, bajo a la habitación y se encerró.

—¿Qué demonios estoy haciendo? —se dijo—. Mierda. Esto no debía de pasar.

Se vistió lo más formal que pudo y bajó a desayunar. En ese hotel los desayunos los servían en la mesa, así que escogió una libre y se

colocó. Una amable empleada le puso un café y le pidió algo de fruta y tostadas. Pedro, el manager de Leo, se sentó junto a ella.

—Lucía, ¿verdad? Gracias por venir tan pronto. La verdad es que, aunque estemos en un sitio cerrado, estoy preocupado por Leo. Esa gente es peligrosa.

—¿Qué gente, Pedro? Porque si no sé de quién tengo que protegerle, mal nos irá.

—Es que el abogado nos dijo que mantuviéramos silencio.

—¿Es López? —susurro y él abrió los ojos muerto de miedo—. No diga más. Está bien.

—No le comentes nada a Leo. Él piensa que solo es algo… de abusos, pero no lo que fue. Oh, Dios, no tenía que haber dicho nada. Por favor, Lucía, sea discreta.

—Es mi trabajo y firmé un acuerdo de confidencialidad, así que tranquilo. Fui policía.

—Sí, lo sé, la señora Moreau estaba convencida de que era la candidata ideal. En cuanto a Leo, es un buen hombre, quizá no ha tenido la mejor vida y no es perfecto, pero el chaval hace lo posible por comportarse, pero esa noche…

—Buenos días, Pedro, Lucía.

Se sentó con ellos y Pedro negó suavemente con la cabeza. No sabía qué había ocurrido esa noche que nombraba, pero lo averiguaría.

Él pidió café solo, huevos revueltos y varias tostadas. Pedro se dirigió a ella.

—Ya sabes lo que necesitamos de ti, ayudar a que sujeten bien el arma, que no digan tonterías… los procedimientos policiales. Leo, obedecerás a Lucía en lo que te diga, ¿de acuerdo? Y ahora me voy, que producción tiene que enseñarme el *set* que han preparado. La directora también me espera.

Se levantó y los dejó solos. Él la miró con una sonrisa.

—Me gustará obedecerte, me ponen las mujeres dominantes. ¿También sueles practicar el *bondage*?

—Leo, se acabó este juego tonto. Ya está bien. No más insinuaciones, ni dobles palabras. Era gracioso, pero he venido a trabajar y este trabajo es importante para mí.

—Está bien, se acabó. Lástima —dijo él apoyándose hacia atrás—, lo hubiéramos pasado de maravilla, pero soy un profesional y acepto que me digan que no.

—Gracias.

—Entonces, ¿policía? ¿Nacional?

—Sí, unos diez años en varios departamentos, entre ellos delitos informáticos. Pero también estuve en la calle.

—Tiene que ser duro, ¿no? Una cosa y otra. O sea, estar en la calle y enfrentarte a gente mala y peligrosa. Aunque no sé si será peor ver lo que esconden los ordenadores de los hijos de puta.

—Así es —contestó sorprendida por su ira contenida—. Cuando pillas a un malo en la calle piensas que has hecho algo bueno, que ese tipo no volverá a hacer daño. Pero a veces, por la burocracia, lo ves al mes siguiente en la calle y se ríe en tu cara.

—Eso no me parece bien.

—Hay muchas cosas buenas en la justicia española, sobre todo la gente que trabaja en la policía, la guardia civil, muchos jueces, abogados, fiscales, pero quizá las leyes no están de nuestra parte. Tengo dos amigas que son abogadas y están hasta arriba de papeleo. Los juzgados están sobrepasados. No sé. Algo habría que hacer.

—Da que pensar —dijo serio, pero antes de poder seguir hablando, la chica de producción llamó a todos. Él se levantó.

—Me tengo que ir, hoy hago unas tomas solo, porque mañana

viene mi compañera. ¿Vendrás al rodaje?

—Claro, para eso me pagan.

Se marchó, pero luego se volvió y se acercó a ella.

—Siento si te he ofendido, pero es que no sé qué tienes, Lucía.

—No me has ofendido, jugamos un rato, pero se acabó. Listo. Ahora a trabajar.

—A sus órdenes —contestó con un saludo. Ella se echó a reír. Desde luego, el gesto lo había clavado.

Se marchó hacia fuera, mientras todos salían del *set*. Ella siguió a la muchacha de producción. Las escenas que iban a rodar se situaban en una antigua bodega anexa al hotel, así que se puso la cazadora.

Una vez que la muchacha de producción la colocó en el lugar adecuado, Pedro le presentó a la directora, una mujer más o menos de su edad muy agradable, pero que apenas le prestó atención. Se llamaba Carmen y sí que había escuchado hablar de ella, y se anotó buscarla por Internet. La ventisca arreció cuando se metieron al fondo del *set*. Los focos estaban bastante disimulados y el ambiente si lo mirabas sin pensar en lo que lo rodeaba, parecía totalmente real.

Mucha gente revoloteaba hasta que en un momento se hizo el silencio. Leo salió de un rincón con el cabello revuelto y un arañazo en la cara. Se quejó, tocándose el costado y tuvo que hacer un esfuerzo para no moverse e ir a atenderle, comprender que era mentira, que estaba actuando. Su supuesto compañero de policía entró en la bodega y hablaron, al parecer, el tipo que había aparecido asesinado era el dueño del hotel y por la ventisca se habían quedado encerrados con el supuesto asesino. Estaban hablando de hacerle la autopsia y eso le chirrió. No funcionaba así, además, si abrían el cuerpo, saldría muchísima sangre. Tomó nota

de varias cosas y al verla apuntar, Pedro se acercó a ella. Leyó lo que había escrito y le pidió la página, que llevó a la directora. Esta asintió y ordenó cortar la escena.

Se volvieron hacia nosotros y Leo y el otro actor, cuya cara le resultaba familiar se acercaron a la directora, que la llamó. Hicieron los cambios y Leo le sonrió. Luego, volvieron a interpretar la misma escena, resultando cien por cien creíbles.

Así pasaron la mañana y cuando hicieron el descanso para comer, un grupo de gente llevó unas mesas con sándwiches y jarras con café, té y chocolate. Lucía se calentó las manos con un vasito de chocolate.

Tomó un sándwich y Leo se acercó a ella.

—¿Qué te parece este mundillo, Lucía?

—Sorprendente, pero me gusta. Es muy entretenido. Has estado muy bien.

—Gracias. La verdad, no suelo preguntar si gusta o no mi actuación, es algo que me aconsejó Pedro. Si a la gente no le gusta, te dirán que está bien por cortesía y no sabrás si realmente es así. Y si le gustan, te inflan el ego y no funciona, porque te vuelves imbécil.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes. En el fondo, me agrada. Por cierto, muy interesantes tus notas. Me dieron ganas de decir la frase que me dijiste antes, la de los malos. ¿Me la regalas?

Se echó a reír.

—Toda tuya. Es algo que solemos comentar. O solíamos.

—¿Por qué te fuiste?

—Es una larga historia —dijo ella tomando un trago de chocolate.

—Que no me quieres contar —contestó él sirviéndose un café y sin dejar de mirarla. Lucía se encogió de hombros.

—No tenemos tanta confianza. Te llaman.

Él se giró y luego se acercó a ella.

—Acabarás contándomela. Soy muy persuasivo.

—Ya lo veo. Pero yo soy muy cabezota.

Leo sonrió, acabó el café de un trago y se fue a su silla, donde la maquilladora le retocó la cara. Seguían rondando en la bodega y el diálogo se tensó. Estaban discutiendo. Al parecer, el supuesto compañero quería irse y, sin embargo, Leo parecía empecinado en quedarse allí. Entonces, el tipo le soltó un puñetazo. Lucía apretó los puños mientras Leo se recomponía y le decía una frase de esas lapidarias. Se limpió la sangre del labio con brusquedad y luego se fue. La directora cortó.

Salió corriendo por detrás del *set* para ver a Leo. Una de las chicas de producción estaba limpiando la sangre.

—¿Ese tío te ha pegado de verdad?

—Sí, así es más creíble —contestó él sonriendo.

—Joder. —Se acercó a él preocupada.

—No le hagas caso, estaba preparado, llevaba sangre de pega —dijo la de producción. Él sonrío de lado. Ella se marchó, cabreada.

Capítulo 4: Primer intento

¿Había visto preocupación en sus ojos? Terminó de desmaquillarse y subió a la habitación para leerse el guion del día siguiente. Tenía dos horas para repasárselo, aunque ya se lo sabía. Si algo tenía era memoria fotográfica y por eso le habían pasado cosas.

Se echó en la cama con el guion, la calefacción estaba puesta y solo se dejó un pantalón corto. Abrió un botellín de cerveza sin alcohol y una bolsa de frutos secos sin cacahuetes, específicos para él, porque tenía alergia.

El guion estaba bien, lo habría hablado con Pedro que, además, era el productor de la película. Apuntó algunas cosas y luego lo notó. Después de varios anacardos empezó a picarle la garganta. A hincharse. La tráquea empezaba a cerrarse.

Se levantó como pudo y corrió hacia su botiquín donde tenía la aguja de adrenalina, pero se le cayó y solo pudo gruñir. Llamaron a la puerta.

—Leo, quiero hablar contigo.

—Lu….

Gruñó y ella volvió a golpear la puerta.

Él tiró varios botes que hicieron ruido y entonces sucedió. Ella

abrió la puerta a la fuerza y lo vio tirado en el suelo. Le señaló la aguja de la pluma antihistamínica y ella comprendió al instante. Se la clavó en el muslo y poco a poco él aspiró el aire que ya casi no notaba.

—Voy a llamar al médico. Espera.

—No… llévame a la cama. Estoy bien. Cierra la puerta.

Lucía se levantó y cerró la puerta como pudo. Luego, él consiguió incorporarse y con su ayuda lo echó en la cama, respirando agitado todavía. Le llevó un vaso de agua y él la bebió despacio. Su cuerpo estaba cubierto de una película de sudor. Levantó los ojos y suspiró.

—Gracias, me has salvado.

—¿Qué has comido? ¿A qué tienes alergia?

—A los cacahuetes, pero producción lo sabe y no me dejan… míralo. Lo pone en la bolsa.

Ella se agachó y la cogió. Luego, se la metió en el bolsillo.

—Mira, te voy a decir algo, pero no puedes contarlo.

—¿Estás seguro de decírmelo, Leo?

—Sí, no me digas por qué, pero confío en ti. Mira, creo que han intentado asesinarme. Y te hablo en serio. Joder, no pensaba que aquí…

—¿Qué has hecho?

—Yo no hice nada, pero vi cosas.

—¿Y si yo fuera la asesina? Estarías a mi merced.

Él sonrió.

—Me encantaría estar a tus órdenes, pero sin ropa. Eres poli, o lo eras.

—Hay polis corruptos.

—Lo sé. Pero tú no. Sobre todo, porque pillé a Pedro hablando con tu jefa —dijo sonriendo.

—Cabrón, lo sabías desde el principio.

—Lo sospechaba, pero no estaba tan seguro. Al verte abrir la puerta de una patada, ya me lo has confirmado. Y por eso no puedo llamar al médico. No quiero que suspendan el rodaje por las amenazas. Es importante, y no solo para mí.

—Primero, no abrí la puerta de una patada, sino con el hombro. Si le das mal, sobre todo si no llevas el calzado adecuado, puedes hacerte un esguince. Y segundo, vale, me has pillado. Estoy aquí para protegerte. Porque sí, deberías quedarte encerrado en algún sitio y no salir hasta el juicio.

—No voy a vivir asustado. No es mi estilo —dijo incorporándose—. Y espero que no te pongas por el medio. O sea, aprecio que me protejas, y también tus conocimientos, pero no eres mi niñera.

—No pensaba serlo, Leo. Pero tampoco te he ido tan mal ¿no?

—Iba a rodar para coger la medicación. No es la primera vez.

—Te voy a decir una cosa, Leo —contestó ella apuntándolo con el dedo—. Tómatelo en serio. No digo que esto haya sido una casualidad, analizaremos el contenido de la bolsa, pero si no lo ha sido, estás realmente en peligro. Alguien ha entrado en tu círculo, así que ten mucho cuidado. Te voy a dar mi teléfono y lo pones en marcación rápida. Yo ya tengo el tuyo. Solo por si acaso.

—Está bien. Pero como te digo, no voy a dejar de hacer esta película por las amenazas.

—¿Tan gordo fue? Digo, lo que viste.

Se encogió de hombros. Podría contárselo, pero entonces la pondría en peligro. Luego negó.

—No lo parecía, pero por lo visto, para alguien sí lo es.

—¿Estás seguro de que no quieres que llame a un médico?

—No, de verdad. Solo avisa de que ahora mi puerta está rota y no cierra.

—A estas horas no hay nadie. Pásate a mi habitación, yo dormiré

aquí.

—No. Mira, no voy a decir nada ni a molestarte. Dormimos en tu habitación y ya. Nada más. Te dije que hasta que no me lo pidieras, no volvería a insinuar nada.

—Ja. No me lo creo. Va en tu naturaleza. Está bien, coge tus cosas.

Se asomaron al pasillo y después de coger su ordenador y varias cosas importantes, pasaron a la puerta de enfrente.

—Escucha, tengo que llamar a mi hija por videollamada, así que quietecito en ese rincón.

—¿Tu hija? ¿Cuántos años tiene?

—Seis y está con su padre, mi exmarido.

—Estupendo. Me quedo callado.

Se sentó en una silla leyendo el guion mientras ella se acomodaba en la cama y llamaba por el móvil. Cuando la niña saludó, a ella se le iluminó el rostro. La voz de la pequeñaja era dulce y algo aguda, y se notaba que ambas tenían una conexión muy especial. No pudo evitar observarla con atención.

Luego se despidieron y ella colgó, su mirada fija la sorprendió.

—¿Qué pasa?

—Tengo… curiosidad, nada más. Eres otra cuando hablas con tu hija.

—Lo normal, Leo. Es mi hija y la adoro. Debemos bajar a cenar y de paso informaremos de la puerta.

—¿Y qué vas a decir?

—Ya lo pensaré. Vamos.

Ella se puso unos vaqueros y un jersey y él algo similar. Bajaron juntos y ella lo paró antes de salir.

—Quiero que vayas saludando como siempre, pero yo iré a tu lado. tengo que ver las caras de la gente al ver que no la has

palmado.

—Qué bruta. ¿En serio crees que alguien del equipo ha hecho esto?

—¿Quién si no?

Él bajó la cabeza, preocupado. Conocía al equipo de otra película y nunca pensó que alguien pudiera hacer eso. Seguro que habría sido una equivocación de producción, un error humano. Aunque casi le cuesta la vida. Le había dicho a Lucía que iba a rodar y coger la medicina, pero lo cierto era que tenía las piernas paralizadas. Hubiera muerto. Tragó saliva y después de saludar al equipo con una sonrisa más que fingida, se sentó en la mesa con Lucía. Pedro y Carmen se colocaron en la misma mesa.

—¿Qué te ha parecido el rodaje, Lucía? —preguntó Carmen.

—Algo impresionante, la verdad. Me encantó.

—Pues espera que veas mañana la escena de la persecución de coches.

—Tendrás un doble.

—Sí —dijo Pedro—, aunque él no quería, pero en este caso, es necesario.

Asintió resignado. Hubiera hecho la escena sin problemas, pero podrían aprovechar para crear un accidente. Después de lo de esta tarde, lo tenía claro.

Capítulo 5: Segundo

Nada más que informaron de la rotura de la cerradura de la puerta, la arreglaron de forma inmediata y sin preguntas, y al final, Leo se empeñó en dormir en su habitación. Mandó un mensaje a la señora Moreau para analizar los frutos secos, aunque estaba segura de que no había huellas. Esperaba que llegara un mensajero a lo largo de la mañana, así que se dirigió al rodaje de momento.

Leo le había dicho que no iba a ir a entrenar, así que ella aprovechó para buscar información del tal Tomás López. Había producido a muchos de los cantantes más famosos, grupos exitosos y debía de estar forrado de pasta. Aparte de lo que vio el día anterior, no había nada. Muy limpio. Demasiado. Llamó a Amanda.

—Hola, niña, ¿qué tal vas con tu trabajo secreto? —preguntó con su voz aterciopelada.

—Bien, pasando frío. Oye, quería preguntarte algo sin meterte en un lío.

—Me da que sí me vas a meter en un lío, pero dispara, polizonte.

Ella contuvo la risa, desde que se unieron en la sociedad, a ella la apodaban polizonte y no le importó, porque era cariñoso.

—Es sobre el juicio de Tomás López, ¿sabes quién lo lleva? He

estado buscando información, pero todo es secretísimo.

—Cariño, es un pez gordo y un caso muy top. No dan información a las mindundis como yo. Pero te diré algo. Lo llevan en el despacho de Javier Espinal, ya sabes, el abogado más caro de toda España y parte del extranjero.

—Joder, pues sí que es gordo. Y eso que solo parece un caso no muy grande, ¿tema de abusos?

—No, creo que es algo de un contrato. Lo que me extraña es que no hayan llegado a un acuerdo para evitar el juicio. Aunque conociendo a López y a su abogado, creo que quieren hundir a quién haya sido el desgraciado que se ha atrevido a demandar a alguien como él.

—Por supuesto, el nombre de esa persona será un secreto.

—Claro. ¿A qué viene todo esto? ¿Tiene que ver con lo que sea que estás haciendo?

—No, creo que no. Sé discreta, pero si te llega algo al oído, me lo dices. Eso sí, no te hagas notar. Hay gente mala.

—Tampoco me extraña. Espinal es un enorme hijo de puta que se dedica a hundir a, básicamente, el que no tiene dinero para pagar sus tarifas. La mayoría de los abogados que trabajamos en Madrid lo odiamos y envidiamos a la vez. Tiene un casoplón enorme, en Pozuelo, en la urbanización Los Lagos, que están valoradas entre ocho y doce millones.

—¡No jodas! ¿Un abogado puede ganar tanto?

Amanda se echó a reír.

—Según tu cliente, claro. Debe de ser por eso que yo estoy pelada, porque mis clientes no suelen pagarme a menudo —suspiró.

—Haces algo bueno en el mundo, y eso es lo importante.

—Claro, cuando esté en la calle me lo recuerdas. Te dejo, cariño. Si me entero de algo, te lo comento.

—Por favor, sé muy discreta.

—Discreción es mi segundo nombre.

—Eso es lo último que pensaría de ti.

Se echaron a reír y mientras se cambiaba para desayunar, tomó una decisión. Llamó a la puerta de Leo que le abrió con ojeras.

—No has dormido.

—No mucho, Lucía. Joder, es que podría estar muerto. ¿Qué sería de mi madre y mi hermana?

—Tranquilo y no entres en pánico —dijo tomándole del brazo. Él la acercó y la abrazó, sorprendiéndola. Luego se apartó.

—Lo siento. Necesitaba un poco de… consuelo.

—Está bien, Leo. Procura actuar normal, ¿vale? Queremos que piense que todavía no te has comido los frutos secos.

—Bien pensado. Mañana iré a entrenar, por si te apetece.

—Claro.

Bajaron en el ascensor en silencio. Él parecía pensativo y preocupado, y tampoco era extraño. Que intenten asesinarte no es gusto de nadie. Lo bueno, que tenía que ser alguien que lo conociera bien y por tanto, cercano. Lo malo, que cualquiera de las treinta personas que estaban en el rodaje habría podido escuchar algo sobre su alergia.

Se sentaron en una mesa vacía y enseguida les llevaron café. Leo desayunó fruta y tostadas, y ella, como el día anterior, tostadas e incluyó un bollo de chocolate. Él la miró con una ceja levantada.

—Necesito azúcar. Estoy algo estresada.

—El sexo relaja más.

—Lo sé, pero no quiero eso.

—¿No quieres sexo conmigo? —preguntó mirándola de cerca. Ella pudo ver los ojos color miel demasiado cerca.

—Es inapropiado y me distraería.

—Si durmiéramos juntos estaría más a salvo —insistió él. Ella movió la cabeza y se apartó algo sofocada.

Leo sonrió y tomó un sorbo de café. Enseguida, la chica de producción fue a buscarlo y se marchó. Después de rodar la escena de la bodega, tocaba una breve escena exterior. Mientras se levantaba para acompañarlos, llegaron varias personas, una de ellas, una mujer, envuelta en ropa de abrigo. Pedro se acercó a ella y la abrazó con afecto.

—Andrea, bienvenida.

—Hace un frío de cojones, Pedro.

Casi le hizo sonreír. No esperaba que la famosa Andrea Wallace hablara de esa forma.

—Lo sé, pero sabes que son exigencias del guion.

—He escuchado mucho por ese motivo. Pero bueno, aceptaré lo que sea, lo sabes.

Lucía se extrañó. Andrea había hecho un par de buenas películas en España y otra en Los Ángeles que, aunque fue un papel muy pequeño, podría llevarla lejos. No se sabía mucho de ella, salvo que era preciosa, atlética y con cierto mal humor.

Se quitó el abrigo, el gorro y la bufanda y dejó salir su hermosa melena rubia. La ayudante se llevó todo.

—Vamos al rodaje, toca una escena exterior. Mañana rodarás tú.

—Tengo ganas de ver a Leo. Hace un par de años que no coincido con él en un trabajo —dijo con una sonrisa. Le pareció que había habido más que una coincidencia y eso la molestó. Claro que Andrea era justo su tipo.

Entraron en la zona del rodaje, bien abrigados y se colocaron fuera del tiro de cámara. Habían colocado varias de ellas, e incluso un par de drones sobrevolaban la zona. El coche vendría desde lejos, chocaría con un poste y después Leo saldría magullado. Echó un

vistazo, no lo veía, pero supuso que estaría en maquillaje.

El coche entró en plano, derrapó y dio un volantazo. Desde luego, el tipo se parecía mucho a Leo. Lo llevó con bastante habilidad hasta chocar con el poste y entonces se incendió. Las cámaras siguieron grabando y se volvió hacia la directora, que parecía apurada.

El doble intentó abrir la puerta, pero no lo hacía. La gente empezó a gritar y entonces tuvo que actuar.

—A tomar por culo —dijo, y corrió hacia un extintor y se metió por el rodaje, abrigo y gorro puestos y apagó el fuego. Se asomó a la ventanilla, porque el coche no estaba del todo apagado.

—Ey —dijo Leo.

—Hostia puta, ¿qué haces aquí?

—No puedo salir.

Ella intentó abrir la puerta, estaba atascada, así que se metió por detrás.

—¡Echa el asiento!

—Estoy atascado, voy.

Consiguió bajar el respaldo y se arrastró hacia atrás. Ella lo ayudó a salir y corrieron alejándose del vehículo cuando, sorprendentemente, el coche explotó y los tiró al suelo, con Leo sobre ella. Todo el mundo empezó a gritar y Lucía lo empujó.

—Quita de encima, joder.

Él rodó hacia un lado. La sangre le salía de una brecha en la cabeza y había manchado su rostro. Se la quedó mirando embobado.

—Segunda vez que me salvas, Lucía.

—Vamos, levanta. ¿A quién se le ocurre meterse en el coche?

—Quería hacer la escena.

Se levantaron con dificultad y un par de personas de producción fueron a ayudarles. Carmen y Pedro también acudieron. Lucía los

miró preocupada.

—Siento si he estropeado la toma, pero me pareció que no podía salir.

—Y así era, estaba atascado.

—Joder, la toma ha sido impresionante. Podremos aprovecharla —dijo Carmen. Lucía se enfadó e iba a decir algo, cuando Pedro negó con la cabeza.

—Hagamos un descanso y que te miren la frente. Lucía, ¿tú estás bien?

—Sí, perfecta.

—Vamos a mi habitación —dijo Leo. Pedro y ella fueron detrás. Cojeaba ligeramente, pero estaba determinado. Una vez llegaron allí, la doctora del rodaje le puso varios puntos de aproximación. Cuando se quedaron solos, Lucía explotó.

—Lo siguiente ¿qué será? Segunda vez que intentan asesinarte. Hay que suspender el rodaje.

—Ni de puta coña, Lucía —dijo Leo enfadado.

—Calmémonos —intervino Pedro— Puede que haya sido un accidente.

—¿Cómo lo de los cacahuetes? —contestó Lucía furiosa. Pedro se volvió hacia ellos y ella se lo explicó. Él se quedó pálido.

Paseó por la habitación mientras Leo se levantaba para lavarse la cara y quitarse el maquillaje. Se encerró en el baño y Pedro se volvió hacia ella.

—Desde luego, eres muy eficiente, Lucía, y sinceramente te digo que no pensé en serio que alguien iba a intentar asesinar a Leo. Es grave, sí, pero si él se esconde o se marcha del rodaje, puede que acabe su carrera.

—¿Y si lo matan? Entonces, vaya que acabará.

—Estás aquí. Hasta ahora has sido muy eficiente. Muchísimo. Se lo

diré a Elisa.

—Pero puede que no sea suficiente, no estoy las veinticuatro horas con él y no controlo los coches o lo que sea que usen.

—De momento no hay más tomas con coches. Serán en diferentes localizaciones, tal vez en la montaña. Y podríamos cambiaros de habitación, buscar una que tenga dos camas y dormir con él, si no te incomoda.

—No me gusta demasiado, pero podría aceptarlo.

—Te pagaremos un extra. Solo quedan dos semanas y media aquí, tal vez menos si el rodaje se acelera.

—De acuerdo. Y quiero las fichas de todos los que están trabajando aquí. Supongo que o tú o la directora las tendrá.

—Debería comentárselo. No creo que ella quiera parar el rodaje, incluso sabiendo que han intentado asesinar a Leo. Para Carmen es sumamente importante.

—Me gustaría poder leer el guion a fondo. Para prepararme.

—Todo, absolutamente todo lo que necesites, pídelo. Voy a lo de la habitación. Gracias por salvarlo. Él es como un hijo para mí, ¿sabes?

Se marchó y se sentó en la cama. Compartir una habitación con un alguien tan sensual era malo para su cabeza. Pero estaba en modo alerta y eso no le iba a distraer.

Leo salió recién duchado y envuelto en una toalla que le llegaba de la cintura a las rodillas, dejando ver sus abdominales bien formados y la V que llegaba hasta más debajo de la ropa.

—Se ha ido.

—Sí. Nos van a poner juntos en una habitación, por si acaso. Tengo que vigilarte las veinticuatro horas. Pero es un error, Leo, deberíais suspender el rodaje. Nada merece la pena si uno muere.

—Lo sé, Lucía —contestó sentándose a su lado. Todavía tenía

gotas de agua en la piel del hombro y se abroncó por querer pasar la lengua por ellas—, pero nunca he sido un tío que se haya acobardado. ¿Tú sabes lo que nos costó venir a España? ¿Lo que tuve que hacer al principio? Grabé porno, posé con muy poca ropa para no sé dónde, y me faltó poco para prostituirme y ¿sabes? Lo hubiera hecho con tal de salir adelante —dijo casi con brusquedad—. No voy a rendirme ni a agachar la cabeza.

—Ya. Lo respeto, Leo, pero has salido por casualidad de dos intentos de asesinato. No quiero que ocurra un tercero.

—No ha sido por casualidad, Lucía. Tú me sacaste —dijo volviéndose. Antes de que pudiera evitarlo, la tomó de la cintura y sus labios se rozaron con un beso suave, ligero y que la hizo casi gemir, abrir la boca, algo que él aprovechó para besar más profundamente, explorar con su lengua y meter la mano debajo del jersey para acariciar su cintura y subir hacia su pecho, que acarició sutilmente.

Ella lo apartó, negando con la cabeza.

—No, Leo. Debo protegerte y mantener la cabeza fría. Me has besado porque estás agradecido y es comprensible…

—Te he besado porque te deseo, Lucía, desde que te vi por primera vez.

Ella se levantó justo cuando llamaban a la puerta. Le señaló el baño y él bufó, pero aceptó, para poder vestirse. Abrió la puerta. Andrea estaba allí y le sorprendió.

—¿Puedo pasar o estabais ocupados? —preguntó con una sonrisa.

—Está en el baño, pasa.

Ella miró la habitación y Leo salió del baño, ya vestido. Se abrazaron con ganas y ella le dio un suave beso en los labios.

—Me alegro mucho de verte, Leo.

—Y yo, estás genial. Pedro no me dijo que eras tú la

coprotagonista y me cabreé, pero estoy feliz de verte.

—Oye, qué pasada la toma. —Se volvió hacia Lucía—. ¿Eres especialista?

—No, es policía, o era. Y me está protegiendo.

—¡Leo! ¡Joder!

—Es una amiga, Lucía. Y tengo plena confianza en ella.

—¿De qué te protege, Leo? ¿Vas a… testificar?

—Así es. Lo decidí.

Ambos se sentaron sobre la cama y él pasó con cariño el brazo por los hombros de la actriz. Lucía se quedó de pie, sin saber qué decir.

—Ojalá yo fuera tan valiente —dijo ella y se escondió en el cuello de Leo. Él la consoló.

—Tranquila, conmigo bastará.

—¿Qué pasa aquí, Leo? —preguntó Lucía. Ellos la miraron y luego se miraron entre sí.

—Es una historia antigua y desagradable, pero creo que quizá debas conocerla —dijo él y miró a Andrea que asintió, casi a punto de echarse a llorar.

Capítulo 6: Una historia fea

—Cuando supe que eras tú mi coprotagonista me alegré, Andrea, pero a la vez, pensé que era mucha casualidad que hubieras llegado justo ahora, a pocas semanas del juicio.

—Lo sé. Llamaron a mi representante porque otra chica había fallado. No me lo esperaba.

—¿Qué ocurre, Leo?

—Siéntate, Lucía. Y yo diría que podríamos llamar al servicio de habitaciones y comer algo aquí. Si os parece bien.

—Vale, pero lo pediré yo. Por si acaso. ¿Tres menús?

—Está bien.

Mientras Lucía fue a llamar desde su habitación, Leo se volvió hacia Andrea.

—¿Cómo estás? Quiero decir de verdad.

—Pensé que estaba bien, Leo. Pero ver otra vez todo este circo me pone de los nervios. Hablé con el inspector que lleva el caso y me dijo que con tu testimonio podría ser suficiente, pero que el mío sería determinante. Me lo estoy pensando.

—Sabes lo que ocurrirá. Te vas a exponer.

—Ya, eso lo tengo claro. Seguramente se joderá mi carrera.

—O puede que no. Y siempre podemos marcharnos a Los Ángeles. Ambos tenemos contactos suficientes.

—Me gusta vivir en España, Leo. Tengo amigas y una buena relación. No es justo.

—Lo sé. Mi madre y mi hermana me echan mucho de menos y estaba planteándome vender lo de Miami y volver. O al menos, ir y venir. Yo qué sé.

—¿Y esa chica? La poli que te salvó.

—Es impresionante, ¿verdad ?

—No te encapriches de ella, Leo. Parece una tía legal. No le hagas esto.

—Tiene algo, Andrea.

—Claro, la novedad, que se te resiste, ¿no?, que te ha salvado la vida, que es una tía increíble. Vale, pero ¿qué sabes de ella? Si es que te has molestado.

—Está divorciada y tiene una niña de seis años a la que adora. Fue policía nacional y también estuvo en delitos informáticos, hasta que se fue, aunque todavía no me ha contado la razón.

—Vaya, me sorprendes. Normalmente no sueles interesarte por las mujeres.

—Porque ella es distinta. Pero tranquila, no quiere saber nada de mí.

Andrea soltó una risita.

—Chica lista. Llevas el cartel de mujeriego por donde vas. Por ello te llaman el *rompecamas*.

—Joder, Andrea. Cómo eres. No voy a acostarme con ella, no debo hacerlo —dijo para que se calmara y dejara de darle la paliza.

Lucía entró y los sobresaltó.

—Ya he encargado comida, así que pasad a mi habitación y me lo contáis todo.

Se marchó seria y dejo la puerta abierta. Andrea miró a Leo, pero él se encogió de hombros.

Una vez que pasaron, preparó la mesita y dos sillas más una que trajo Leo de su propia habitación. Cuando llegó la comida, masticaron por obligación.

Había incluido un termo de café, así que Lucía sirvió tres tazas y esperó.

—Está bien. No sé ni cómo contártelo, así que lo resumiré. Ya te he dicho que cuando vine tuve que hacer de todo y en ese ambiente algo sórdido conocí a Andy, a Andrea. Ella trabajaba de camarera en un sitio bastante cutre, donde yo solía ir. Nos hicimos amigos. Ya ves lo preciosa que es.

Lucía asintió, cortante y Andrea tomó la mano de Leo para animarlo a seguir.

—Empecé a trabajar los fines de semana para ayudar en la barra y no te diré que recibí más de una proposición, y a punto estuve de aceptarlas, las cosas no iban nada bien, pero Andy me convenció de que aguantara, que todo mejoraría. Venía gente bastante turbia por allí. Personajes ricos que querían un poco de todo, y por todo, me refiero a todo, así que acabamos por largarnos. Andy vivía con su abuela y yo tenía a mi madre y a mis hermanos. Por entonces… todavía.

—Tranquilo, Leo.

—El caso es que conocí a un fotógrafo y me dijo que si quería hacer algunas fotos especiales. Me iban a poner una máscara y solo debía estar empalmado. De ahí pasamos a vídeo. Era dinero fácil, Lucía. No espero que lo entiendas y la verdad es que Pedro se encargó de quitarlo de la circulación.

—Todavía circula algo por ahí, Leo, siento decírtelo —dijo ella seria. Él se tensó, pero asintió.

—Supongo que es inevitable. Solo era sexo, nada ilegal y todos éramos mayores de edad. En realidad, me vino bien porque me proporcionó dinero y tranquilidad, pude tomar clases de interpretación y aprender a posar aunque fuera para un anunciante de ropa interior. Andy pasó por algo… peor.

—No es mi historia hoy, Leo —dijo ella con voz suave, casi quebrada. Él asintió.

—Hace un par de años, para Navidad, me invitaron a una fiesta. Yo me había vuelto una especie de… adicto al sexo y huía de las relaciones largas, así que acepté. Era una casa a las afueras, retirada de la gente normal, ¿sabes? Solo acudían vips, gente que podía pagar una tarifa exorbitante, aunque a mí me invitaron. Recibí un sobre negro sellado, una dirección, día y hora. Sabía que circulaban por ahí. Entonces, fui.

Se quedó callado mesándose el cabello mientras que Andrea lo miraba preocupado.

—Acabemos con esto.

—No tienes por qué contármelo. O al menos, los detalles que no te interesen —dijo Lucía preocupada.

—Ya da igual. Puede que cambie el concepto que tienes sobre mí. Fui allí y me entregaron una máscara, allí casi todos la llevaban, aunque supongo que por mi físico, sería fácilmente reconocido. Había dos tipos de invitados, los que iban vestidos y los que casi no llevaban ropa. Adivina por qué —suspiró—, así que bueno, ellos eran para nuestro… disfrute. Nuestro uso —dijo apretando los dientes—. También había pastillas y mucho alcohol, dulces. Y entonces vi a Andy y me la llevé aparte.

—Me dijo que me sacaría de allí, pero yo tenía un contrato. Sí, me había convertido en una *scort* de lujo, porque no tuve otro remedio. Nos contrataron a dos amigas y a mí. Yo me fui con Leo a una

habitación donde estuvimos casi toda la noche, pero en la de al lado… se escucharon ruidos y gritos. Los dueños de la casa nos habían enseñado que a algunas habitaciones se podía acceder por pasillos entre las paredes. Eran estrechos, pero nos metimos. Y entonces vimos… ese horror. Las violaron y les pegaron. Leo quería salir a toda costa, detenerlos, pero los tipos que acompañaban a esos dos hombres no solo trabajaban para los dueños de la casa, sino que eran peligrosos. Nos matarían al instante.

—Lo vimos todo, horrorizados, y Leo, que llevaba móvil, hizo vídeo. Pensamos que a lo mejor le serviría a la policía. Nos fuimos corriendo, sintiéndonos unos cobardes por no haber intervenido. Con el tiempo, me enteré de que esas chicas dijeron que estaban muy mal y que se volvían a su pueblo. Cortaron la comunicación conmigo y a las dos semanas supe que se suicidaron. Creemos que fue por esa noche. ¡Si los hubiésemos parado!

—Tal vez estaríais muertos —contestó Lucía—, si son gentuza no se cortan en disparar a quien haga falta.

—Llevé el vídeo a la policía, me hicieron borrarlo de mi dispositivo y sin embargo, no pasó nada. O sea, dijeron que necesitaban más pruebas que esa y que con el tiempo debería testificar.

—Leo no dijo que yo también estaba, para evitarme problemas, pero lo acompañé un día y se lo dije al inspector encargado —dijo Andrea tomándole de la mano—. Yo me fui al día siguiente de la ciudad, y puesto que Leo comenzaba a triunfar, me mandó dinero y pude estudiar interpretación. Trabajamos juntos en un proyecto pequeño, pero eso me convenció para seguir actuando y luego vinieron los éxitos.

—Ahora ya lo sabes, Lucía.

—Entonces, vas a declarar contra ese tío.

—Contra ellos, sí. Eran dos y cuando fui a hablar con la policía los

señalé sin dudar en unas fotografías. Pero está visto que han descubierto que lo haré. Ha sido peligroso que hayas venido, Andy.

—Eso me dijo mi novia. Ella sabe algo, aunque no todo. Llevamos juntas desde hace algunos años y nunca le he podido contar algunas cosas horribles que me han pasado. Ella es *coach*, de hecho, comenzamos a salir entonces y me ha ayudado mucho, pero no descansaré hasta que los vea en la cárcel.

—Irán a la cárcel, ya lo verás —contestó Leo tomándole de la mano. Se volvió hacia Lucía—. Ya lo sabes todo.

—Es López, ¿verdad?

Ellos se miraron con miedo y asintieron.

—Se va a liar una gorda, lo sabéis. Puede que os jodan la vida.

—Ya —dijo Leo desanimado. Quizá se había equivocado al contárselo.

—Y por eso, os admiro por dar la cara y no permitir que alguien como él salga impune.

Ambos asintieron. Miró el reloj, ya eran las nueve de la noche.

—Lucía, tendrás que llamar a tu pequeña. Te importaría si… si nos quedamos. No hablaremos. Solo escuchar el sonido de su voz.

—Me gustaría —dijo Andy. Ella asintió y se sentó en la cama para mandar un mensaje a su exmarido. A los minutos, comenzó la video llamada.

Capítulo 7. Tocando corazones

—¡Mami! —gritó Gigi mientras se colocaba delante de la cámara. No tenía el ánimo como para hablar, pero al ver a su hija, se llenó el corazón.

—Cariño, ¿qué tal estás?

—Muy bien. Ya tengo fiesta en el cole y te voy a echar de menos en Navidad, pero me ha dicho papi que tu trabajo es importante. Y que luego estaremos muchos días juntas.

—Papá ha acertado de pleno. ¿Qué tal la fiesta de Navidad?

—Te enviaré el vídeo luego —dijo su ex asomándose—. ¿Todo bien?

—Sí, con frío, pero bien.

Miró por encima. Leo y Andrea estaban quietos, con los ojos cerrados. No entendía muy bien por qué.

—Peque, ¿le has escrito la carta a Papá Noel?

Entonces, llegó el rato de que la niña hablara, contase todo lo que había pedido e incluso cantara un villancico que había aprendido a clase. Lucía miró por encima y vio que Andy estaba llorando en silencio. Después de un rato, su padre envió a Gigi a la cocina y se quedó hablando con Lucía.

—Entonces, ¿todo bien?

—Sí, Lucas. De verdad.

—Mira, es que he oído rumores sobre esa investigación y aunque no puedo decirte nada, tal vez en un caso hipotético podría estar conectada con otra más grave. No sé en qué te has metido, pero ¿llevas la pistola?

—Siempre la llevo.

—Pues no la sueltes. Y joder, Lucía, ten mucho cuidado. Si necesitas cualquier cosa, a cualquier hora, no dudes en llamarme y te envío la caballería, ¿entiendes?

—Gracias, Lucas, no esperaba esto, la verdad.

—Mira, mi esposa me ha hecho reflexionar mucho y sé que fui un capullo. Eso no voy a poder borrarlo, pero sí espero que tengamos una relación cordial, incluso volver a ser amigos, por Gigi. Antes lo éramos.

—Me gustaría, Lucas. Gracias.

—En fin, ten cuidado, por favor.

Colgó y al hacerlo se dio cuenta de que no había quitado el altavoz. Leo la miraba con intensidad y Andrea se limpió las lágrimas.

—Creo que me iré a dormir. Estoy en la veinticinco. Buenas noches y gracias por escucharnos y dejar que escuchemos a tu hijita. Me ha alegrado el corazón.

Le dio un beso suave a Leo, que se levantó. Ella ya no lo veía como el tipo fanfarrón que le pareció al principio. Él se levantó, sin mirarla a los ojos

—Seguramente te habré decepcionado, Lucía. No soy lo que aparento, ya ves.

Ella se puso delante de él.

—No, es cierto, no eres lo que aparentas, eres mucho mejor, Leo.

Eres una persona real.

Asintió. Lucía le tomó de la barbilla y le dio un beso suave que él aceptó. Esa noche no era el momento de más, pero él le había tocado el corazón y no lo olvidaría en mucho tiempo. O tal vez jamás.

Se marchó a su habitación mientras ella lo seguía con la mirada hasta que cerró la puerta. Tenía que hablar con Elisa, así que la llamó.

—¿Lucía? ¿Todo bien?

—¿Es una línea segura?

—Por supuesto, como la tuya. Habla sin problemas, voy a retirarme a mi despacho.

La escuchó moverse y una vez que se sentó, y escuchó el mechero y el soplido, comenzó a hablar. Le contó todo lo que había pasado, sin dejarse un solo detalle, o más bien, dejando solo los detalles demasiado personales. Ella escuchaba en silencio. Una vez que acabó, su jefa suspiró.

—Vaya, Lucía, no esperaba todo esto. ¿Quieres retirarte?

—No la he llamado para eso. Solo que, si hay intereses demasiado importantes, puede que me venga bien algo de ayuda. Por ahora lo tengo controlado, Elisa, pero ¿y si vienen dos o tres tipos? Hasta el momento han sido intentos de que parecen un accidente, pero ¿y si se cansan?. Aunque estemos en la misma habitación, en cualquier momento pueden aparecer.

—¿A cuánto estáis del pueblo?

—A media hora. Pero Elisa, amenaza ventisca. Lo mismo nos quedamos aislados y hay treinta personas. No quiero ni pensar que les dé por silenciar a todo el mundo.

—Una de las treinta personas o quizá dos, están en el ajo.

—Así es. Lo ideal sería largarse, pero Leo no quiere de ninguna

manera.

—Te enviaré a Santiago Lorca, está a una hora de vosotros, en la capital y lo iba a asignar a otro tema, pero creo que es mejor que te apoye. Te paso foto para que lo reconozcas. Aguanta como puedas una hora más y al menos seréis dos. Te llevará armas, por si acaso.

—Te das cuenta de que si viene esa gentuza, puede convertirse en un puto desastre, ¿verdad? ¿Qué hay de la policía?

—Hay razones importantes para no enviar a la policía, Lucía. Créeme.

—¿Y mi ex? Lucas Garrigues, ya sabes quién es. Puede que fuera un capullo hace tiempo, pero confío en él.

—Sí, hemos contemplado esa opción. Dame unas horas y veré qué puedo hacer. De momento, llamaré a Santiago. Le doy tu número.

—Está bien. Gracias.

—Lo siento, Lucía, no pensaba que se iba a complicar tanto.

—Es mi trabajo.

Se despidió pensativa. El teléfono de la habitación le sonó para informarle que la habitación que había pedido estaba preparada. La número veinticuatro, al lado de la de Andrea. Metió todo en la maleta y se aproximó a la misma, que ya estaba abierta. Leo estaba guardando todo.

—Bienvenida, Lucía. Tenemos puerta que se comunica con Andy. Así estaremos más tranquilos. Y la novia de Andy ha venido por sorpresa, así que no se sentirá sola.

—Está bien. Va a venir un compañero para ayudarnos.

—¿Crees que esto va a empeorar?

—Es posible.

Él asintió y se fue a cambiar al baño. Lucía puso una silla contra la puerta y revisó las ventanas. Por suerte, estaban en el segundo piso y no había balcones, aunque sí una cornisa. De todas formas, la

temperatura había bajado. Leo salió con un pantalón suelto y ella se fue a duchar y se puso el pijama.

—¿Un pijama de unicornios? —preguntó Leo con media risa.

—Oh, sí. Es un regalo de Gigi. Creo que mi ex se vengó para que no estuviera *sexy* ni nada.

—Se equivocó, estás muy *sexy* vestida de unicornios.

—Voy a dejarme la pistola cerca y sé que…te suena mal, pero no hagas nada extraño, ¿sabes? Si estoy dormida y me coges por sorpresa…

—No, no lo haré. ¿Y ese compañero?

—No lo conozco, me avisará cuando esté por aquí. Tal vez vayamos a echar un vistazo.

Se sentó en la cama, trenzando el cabello. Él se echó sobre la otra con los brazos bajo su cabeza, mirando al techo. No pudo dejar de admirar su esculpido cuerpo, y sabía que él estaba presumiendo.

Él suspiró y abrió los ojos, pillándola. Se le escapó media sonrisa.

—Podemos compartir más cosas que la cama. Si es que… —de repente se puso serio—. Estoy limpio, ¿sabes? Ninguna ETS.

—¿Piensas que por todo lo que me has contado voy a pensar algo malo? ¿En serio?

—No lo sé, Lucía. Además de Andy, no hay nadie que sepa mi pasado. Pedro conoce algunas cosas, pero no todo. No tengo ninguna experiencia en una relación de verdad en la que me haya podido abrir como me ha pasado contigo.

—No tenemos ninguna relación, Leo.

Él suspiró y volvió a cerrar los ojos.

—Lo sé. Buenas noches.

Se giró sin taparse, pudo ver su espalda con alguna cicatriz. Sin poder evitarlo, fue a tocarla y él se apartó.

—Disculpa. Yo…

—Eso va para otro día. Tenía que haberme tapado.

—No te tapes, lo siento, Leo.

Se volvió y ella se agachó, demasiado conmovida para no besarlo. En cuanto puso los labios en los de él, las bocas se unieron con ternura primero, con pasión después, pero él se apartó.

—¿Qué es? ¿Un polvo por pena?

—No, Leo. Pero sí, es mejor dormir.

Se echó y apagó la luz. Al rato, recibió un mensaje de un número desconocido.

«Atasco en la nacional. La guardia civil nos ha parado, pero intentaré seguir. Tal vez llegue en un par de horas. ¿Todo bien? Santi».

«Todo bien. Tranquilo y ten cuidado».

«OK».

—¿Tu compañero?

—La ventisca ha debido cortar la circulación. Dice que tal vez llegue en un par de horas. Durmamos.

—¿Te molesta si te doy la mano? Total, las camas están pegadas.

—Claro que no, Leo, pero no aprietes tanto como para que no pueda soltarme.

Él se echó a reír y apagaron la luz. En la habitación de al lado se escucharon susurros y gemidos y Leo soltó una suave risa.

—Me alegré mucho cuando Andy dijo que había encontrado la mujer de su vida. Ella y yo nunca nos acostamos, ¿sabes?

—No tienes por qué explicarme nada, Leo —contestó ella, y todavía tenía que entender por qué se alegraba por ello.

Él acarició la palma de la mano con su pulgar, haciendo círculos, subiendo por la muñeca mientras se giraba hacia ella. Su dedo índice se metió por debajo de la manga y luego soltó una risa.

—Es verdad, este pijama no es muy práctico. No me cabe ni un

dedo.

Ella se giró hacia él y pasó la mano por su antebrazo, subiendo por el brazo hasta llegar al pecho. Cada vez estaban más cerca. La respiración de Leo se agitó cuando la mano de Lucía recorrió el hombro, pasó por la clavícula y bajó hasta el pectoral. Luego, recorrió su abdomen dibujando los músculos uno por uno. Él jadeaba.

—Es mucho más sencillo contigo, claro. ¿Duermes siempre con un pantalón?

—Duermo desnudo, pero me los puse por ti. Puedo quitármelos en un segundo.

Ella se echó a reír y se acercó un poco más a su cama. Él también lo hizo. No había ni un palmo entre ellos. La mano curiosa de la mujer se acercó a la cadera, rodeándola y notando el fuerte músculo que bajaba hasta la ingle. Él intentó tocarla, pero ella no lo dejó.

—Quieto. Solo yo toco.

—Joder, ya sabía que eras dominante. Lo supe nada más te vi.

Se echaron a reír y ella llegó hasta el borde del pantalón. Pasó un dedo por debajo hasta tocar el vello y él jadeó. Luego, sacó la mano y bajó por encima, hasta notar la enorme erección que pugnaba por salir. Acarició por encima haciendo que el pantalón se pusiera mucho más tenso. Él se arqueó ligeramente gimiendo bajito y dejó que ella lo tocara.

Las caricias sobre el pantalón no eran duras, eran tan suaves que pensaba que no le estaba afectando, pero cada vez su erección era más potente. Hacía tiempo que… que no se acostaba con un tío, pero esa noche no debía. Solo que… ¿por qué no divertirse un poco?

Descubrió que eran de esos pantalones que tenían abertura para ir al baño así que metió la mano para tocar el miembro duro, caliente y ligeramente húmedo. Leo jadeó, sorprendido. Ella se paró.

—¿Sigo?

—Por Dios, sigue, Lucía. Me tienes a punto. Pero…

—Juguemos, Leo. Me rindo por hoy.

Agarró su miembro y lo sacó del pantalón por la abertura. Su mano se movió despacio. Bajando y subiendo. Él se giró y se puso boca arriba, así que ella tuvo que pasarse a su cama. La mano de Leo rozó sus piernas mientras ella subía y bajaba a buen ritmo. Entonces, bajó el rostro y rozó la punta con sus labios.

—¡Joder! —exclamó él—. Me vas a matar.

Ella sonrió y pasó la lengua por la punta haciendo que él diera un bote. Lucía ya estaba empapada a estas alturas y lo atrapó con su boca, deslizándose arriba y abajo mientras su lengua jugaba desde dentro.

—Mierda, no aguantaré más —dijo él y empezó a moverse mientras se corría. Ella lo llevó al éxtasis y cuando acabó, él se volvió—. Estarás empapada, Lucía. Déjame saciarte, cariño.

—No… espera.

El teléfono estaba sonando y ella se levantó. Por supuesto que estaba empapada y deseando montarse a horcajadas en ese hombre, pero las noticias no eran buenas.

«Elisa me ha dicho que van tres tíos para allá. De los malos. Tenía la sospecha, pero la Interpol le ha comentado que los han geolocalizado. Yo llegaré en una hora, creo. Prepárate».

—Mierda, Leo, vístete y que se vistan ellas. Tenemos que irnos.

—¿Pasa algo?

—Sí, pasa. Vamos.

Ella fue corriendo a vestirse con ropa de montaña oscura y se armó. Leo llamó a la puerta contigua, y le abrió la novia de Andy.

—¿Dónde está?

—Ha bajado a la cocina, para ver si conseguía algo de comer.

¿Qué pasa?

—Vístete y coge ropa para Andy, y obedece a Lucía, ¿de acuerdo?

Ella asintió asustada y se vistió en menos de un minuto, cogió ropa y las botas de Andrea y pasó a la habitación.

—Vais a quedaros aquí. Buscaré a Andrea, la traigo y luego iremos al pueblo.

—¿Has visto la ventisca que hace? Es imposible coger un coche, Lucía —exclamó Leo.

—Veremos. Quedaos aquí y no abráis a nadie que no seamos Andrea o yo. A nadie, nadie, ¿entendido?

—Sí.

—Por favor, trae a Andrea.

—Tranquila.

Salió por la habitación de las chicas y escuchó hasta que pusieron el cerrojo. Llevaba la pistola en la cinturilla, preparada para disparar si era preciso y también un par de cargadores. ¿A quién se le ocurre grabar en un sitio tan aislado? Se paró, de repente. ¿De quién fue la idea?

Mandó mensaje a Leo para que le contestara.

—No lo sé, puedo averiguarlo.

Ella le puso un OK y siguió avanzando hacia las escaleras. El hotel estaba muy tranquilo y solo se escuchaba el sonido del fuerte viento del exterior. Si alguien había organizado el rodaje en un puto refugio de montaña, tal vez lo que quería es que ocurriera un accidente, algo justificable, por lo que nadie sospecharía.

Llegó hasta la zona de recepción. Al ser un hotel pequeño, no solía haber nadie de guardia, aunque tenían un teléfono por si acaso. En la cocina había luz y se escuchaba algo de ruido. Se acercó con la pistola en la mano, preparada para lo que fuera.

Abrió la puerta ligeramente y respiró aliviada. Solo estaba Andrea

untándose algo en una tostada, vestida con un pijama y una bata. Aunque la llamó suave, no pudo evitar que se asustara.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

—Escucha, deja todo y vamos a la habitación, vamos.

Ella miró alrededor y cogió un enorme cuchillo. Lucía asintió.

—Sígueme y no hagas ruido. Puede que no sea nada.

—¿Ellos están bien?

—Sí. Silencio.

Andrea se puso detrás de ella, caminando muy despacio mientras Lucía escrutaba los pasillos con solo las luces de emergencia. Un ruido en la puerta la alertó. Se llevó el dedo a los labios.

—Sube a la habitación —susurró. Ella se fue deprisa y Lucía se asomó desde las escaleras. No eran turistas despistados, lo supo por su cara o quizá fue la pistola con silenciador la que le convenció de que no era así—. Mierda.

Capítulo 8. Te salvaré

Leo paseaba por la habitación nervioso, intentando escuchar al otro lado del pasillo.

—Pareces un león enjaulado. Pero vendrán, ya verás.

Los minutos se le estaban haciendo eternos. Un suave sonido en la otra habitación les hizo ponerse alerta.

—Viky, ¿dónde estás?

—Andy ha vuelto.

Abrieron rápidamente la puerta y entró ella, con el cuchillo. Leo se lo quitó de la mano y se asomó.

—¿Dónde está Lucía?

—Entraron tres tipos, dijo que iba a ver.

—Joder, tengo que ayudarla.

—Que interpretes a un poli no significa que lo seas —dijo ella preocupada, pero él negó.

—Me gusta y quiero ayudarla. Vístete y esperad aquí. Si todo sale mal, buscad a Carmen.

—¿Por qué a Carmen?

—Porque no sé si Pedro… Lucía me preguntó de quién había sido la idea de venir a rodar aquí y fue suya. ¿Y si él me tendió la

trampa? —dijo disgustado—. Siempre ha sido como un padre para mí, pero, joder, ya no sé qué pensar. Quedaos aquí.

Dejó a las mujeres poniéndose ropa de abrigo y salió al pasillo, armado con el cuchillo. Sí, ya sabía que no era policía, pero con suerte, sus clases de artes marciales tal vez sirvieran para algo. Se asomó a las escaleras, pero no escuchó nada. Bajó las escaleras, intentando hacer el menor ruido posible y armado con un cuchillo. La puerta del hotel estaba abierta y se asomó. Bajo unos árboles se veían fogonazos de pistola.

—¡Joder!

Él no podía hacer nada contra una pistola, pero no la iba a dejar sola. Se acercó por un lateral, hacia el cobertizo. Desde ahí veía el bosquecillo, pero no a quien disparaba. Se acercó lo más silencioso que pudo. Su corazón parecía salírsele del pecho y entonces alguien lo tiró al suelo y una bala pasó silbando por su cabeza.

—¿Qué haces aquí, joder? Vamos, camina agachado.

Él suspiró aliviado y la obedeció. Encogidos, caminaron deprisa hasta la pared del cobertizo.

—¿Estás bien? ¿Quién ha venido?

—Son… eran tres. Grandes y fuertes, vestidos de oscuro y con silenciador. Malos de verdad —dijo agitada. Vio que se llevaba una mano al costado y la tocó.

—Estás herida, Lucía.

—Nada grave. Escucha, no tenías que haber venido. Ahora te has puesto en peligro.

—Quiero ayudar.

Ella bufó y se levantó. El tipo salió de la oscuridad y les disparó. Ella también. Levantó a Leo y se metieron en el cobertizo.

—¿Dónde están las chicas?

—Encerradas.

—Joder, me falta un tío. Creo que no le he dado.

—Pues acaba con este y vamos.

Ella movió la cabeza y le dijo que se quedara en un lado mientras se dirigía al contrario. Hizo un ruido y el tipo, que ya entraba por la puerta, miró hacia ella. Se puso nervioso. Iba a encontrarla, así que, sin pensar demasiado, le lanzó el cuchillo. Por supuesto, no le dio, pero el tipo se giró hacia él disparando hasta que una bala lo tiró al suelo. Lucía salió corriendo, apartó su pistola y le dio con la culata para dejarlo sin sentido.

—¿Estás entero?

—Sí.

—Pues a correr.

Corrieron hacia la casa, donde parecía que algunos de los habitantes se habían despertado. Subieron deprisa por las escaleras y en el pasillo había dos hombres enormes pegándose de puñetazos. Lucía miró, confusa. Ambos iban de negro y no sabía a cuál de los dos disparar. Se acercó y gritó.

—¡Quietos! —exclamó.

Uno de ellos se apartó y dejó vía libre para que Lucía tuviera acceso. Al verlo de reojo, reconoció la cara de Santiago. El hombre, viéndose acorralado, echó a correr hacia el otro lado del pasillo, pero Pedro salió en ese momento de la habitación y le metió su bastón entre las piernas. Lucía fue corriendo y lo atrapó. Sacó una especie de esposa de plástico y se lo puso en las muñecas. El otro hombre se acercó a ella.

—Santiago Lorca, imagino que eres Lucía.

—Has llegado a punto.

—Iba a ir hacia el bosque, pero vi a este tipejo entrando en el hotel. Había dos chicas gritando porque intentaba entrar en su habitación.

—¿En la veinticuatro o la veinticinco?

—La de la izquierda.

Lucía se puso seria. Hasta él se dio cuenta de que aunque se habían cambiado de habitación, el tipo sabía a cuál ir.

Santiago volvió de mala manera al tipo y lo levantó, para sentarlo apoyado en la pared. Lucía se agachó y le puso la pistola debajo del cuello.

—Bien, amigo, colabora ahora o te caerá todo el marrón a ti. ¿Quién te dio la información para venir aquí?

El tipo negó y Lucía puso la pistola en su muslo.

—A mí me da igual que te desangres como un cerdo. Puedo justificarlo. ¿Tú crees que quien te contrató piensa lo mismo de ti? Si lo descubres, te ayudarás. Si te callas, un día aparecerás muerto en la cárcel. Muerto como los de ahí fuera.

—Fue Tony. Él nos informó.

—¿Qué Tony? —preguntó Lucía.

Pero él ya sabía quién era Tony. La puerta de su habitación estaba abierta y escuchó ruido de alguien que corría. Furioso, bajó las escaleras. Ese tipo estaba poniéndose una cazadora para salir a la calle. Lo miró con miedo.

—¿Por qué, hijo de puta? ¿Por qué?

El hombre levantó las manos ante la furia de Leo.

—Me dijeron que me harían una estrella, joder. Yo… ellos… tenían vídeos míos, pero no eran como los tuyos. ¡Mierda!

Echó a correr hacia fuera y Leo se tiró a por él y lo derribó. Eran de estaturas similares, pero estaba furioso y le dio un puñetazo, uno de verdad. El hombre le suplicó que lo dejara, pero hasta que no llegó el compañero de Lucía no dejó de golpearlo.

Se levantó, furioso mientras Lucía se ponía delante. Las sirenas de la Guardia Civil llegaban por la carretera. Santiago levantó al tipo

mientras Lucía se llevaba dentro a Leo.

—Tranquilo, se acabó. Ya está. Bien hecho.

Lo llevó a la salita y lo hizo sentarse. Él respiraba agitado, lleno de adrenalina y furioso.

—Era mi compañero, joder. Nuestra segunda película juntos.

—Supongo que te tenía envidia, no sé. Tendrá que dar muchas explicaciones —dijo ella sentándose—. Creo que… me estoy mareando, Leo.

Él la cogió en brazos justo cuando se desplomaba. La depositó en el sofá y le subió el jersey que estaba empapado en sangre.

—Joder, ¡un médico! ¡Avisad a la doctora!

Miró alrededor, todos los de la productora estaban allí y la doctora corrió a auxiliarle. Lo apartó, mientras él veía todo como borroso, como si fuera una película que estaba viendo. Andrea lo abrazó y su voz sonó distante. Solo tenía ojos para Lucía, que medio desmayada, se estaba desangrando.

Capítulo 9. Amenaza real

Lucía hizo un cálculo rápido. Al ver a los tres tipos en la casa pensó que debía sacarlos, así que fue hacia la cocina, hizo algo de ruido y dejó la puerta abierta, para que la siguieran, si había suerte. Por fortuna, eso sucedió. Corrió hacia el bosquecillo de al lado del cobertizo y uno de ellos le disparó, el costado le ardió y supo que aunque no era mortal, tampoco sería leve.

Se escondió detrás de un árbol y disparó a uno de ellos, aunque no le dio. Ellos se desplegaron, muy al estilo mercenario. Mierda, era grave. Por suerte, tenía el cargador lleno. Corrió para acercarse al cobertizo, con la pistola en la mano y preparada para disparar. Uno de ellos se asomó y le faltó tiempo para disparar y darle en el cuello, o eso pensaba, porque cayó a plomo. Los otros maldijeron en alemán y se lanzaron a por ella. Entonces retrocedió y se encontró a Leo. ¿Qué cojones estaba haciendo allí? Logró ponerlo a salvo en el cobertizo y por una suerte increíble, abatir al segundo, pero el tercero estaba en la casa, así que salieron corriendo.

Y después de atraparlo, ese increíblemente estúpido hombre se lanzó a por el actor secundario. Su cara le era familiar, y no esperaba que fuera él. Cuando apartó a Leo, sintió que su rostro se contraía

de dolor de corazón. Claro que ella iba a morir desangrada. Joder, lo sintió por su pequeña.

Cerró los ojos, mientras alguien estaba mirándola, pero no veía mucho más allá. No podía más. Al menos, lo había salvado, y también a las chicas. Era algo. Se dejó ir a un lugar más tranquilo. El cuerpo dejó de dolerle y era agradable.

Lo malo, que volvió a sentir. Un suave bip sonaba muy cerca de ella y una enorme mano cubría la suya. Intentó abrir los ojos, pero le costaba un mundo, y todavía pasó un rato hasta que pudo hacerlo. Era de noche y la ventisca había parado. Cuando el mal se fue, se paró el viento, como en las películas. Claro, era una peli. ¿O no? ¿Era la vida real? Estaba desvariando.

Se fijó en la cabeza de cabellos castaños apoyada en la cama, junto a su mano. La mano enorme cubría la suya y por un momento no lo reconoció. Aunque luego sí.

—Leo.

Él se movió y levantó la cabeza. Luego sonrió al verla despierta. Acarició su mano y siguió acariciando el brazo, mirándola preocupado.

—Al menos aquí sí me puedes meter mano —dijo ella y él soltó una risita.

—Creo que no estás para eso ahora, Lucía. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele?

—Jodidamente mal, Leo. ¿Cuánto llevo?

—Nada, unas doce horas. Te operaron, pero estás bien, nada grave. Nos trajeron a Madrid y tu exmarido pasó a verte, me miró bastante mal, por cierto.

—Me alegro —dijo ella con media risa.

—Creo que Elisa habló con él y bueno, en resumen, a Tony lo tienen en custodia porque va a testificar, por lo que es posible que

no me necesiten. Aun así, si debo hacerlo, lo haré. Ellos fueron culpables de que esas dos chicas se suicidaran, tras hacerles… de todo.

Lucía acarició la mano y él le dio un beso en el dorso.

—¿Por qué te has quedado, Leo?

—Yo… no lo sé. Quería protegerte. O tal vez solo estar. Si quieres, puedo irme. Tu ex dijo que pasaría por la mañana. Creo que tendrás que declarar. Ese tal Santiago parece un buen tío. Dijo que debía entrar en otra historia, pero que te llamaría y también creo que ha declarado.

—¿Cómo están Andrea y Viky?

—Sorprendentemente bien. Estuvieron acompañándome mientras te operaban, pero las mandé a dormir. Quería estar solo contigo. He estado pensando mucho, Lucía.

—Caramba, ¿te hizo daño hacerlo?

—No seas mala —sonrió él—. Ya hablaremos. Ahora toca recuperarte y comer las maravillosas gelatinas del hospital.

Ella se echó a reír y se cogió del costado para que no le tirasen los puntos. ¿Cómo es que alguien como él la estaba cuidando? No le soltaba la mano y aunque le estaba contando lo que sucedió cuando se desmayó, ella solo disfrutaba de las caricias inconscientes en su mano, de sus ojos color miel que la miraban fijamente, o de su cabello revuelto o las ojeras bajo sus párpados. ¿Qué le estaba pasando con ese hombre?

—Lucía, ¿me has escuchado? ¿Estás bien?

Su rostro parecía preocupado.

—Sí, estoy bien, un poco cansada. ¿No vas a ir a trabajar?

—¿Me estás echando de tu lado?

—No, pero… ¿qué va a hacer la directora?

—Nos ha dado unos días de fiesta, hay que reorganizarlo todo y la

verdad, el equipo estaba hecho polvo por lo de Tony. Nadie esperábamos eso. Pero según me comentó Pedro, quiere seguir el rodaje. Nos quedan dos o tres escenas en ese lugar y luego iremos a los estudios. Además, si la policía o la guardia civil deja algún tipo de cinta, servirá para el ambiente. Incluso creo que les pidió permiso para grabar los coches.

—Vamos, que le ha ido hasta bien —dijo Lucía con cierto humor.

—Supongo que es cuestión de aprovechar lo que se te da en la vida, ¿sabes? Yo también pienso así. Lo que aparece delante de tus narices es porque es para ti. ¿No piensas igual?

—No lo sé. La verdad es que puedo pensar poco —dijo ella. En el fondo, estaba muerta de miedo. ¿Qué quería? Ella solo era una expolicía en una precaria situación, aunque esperaba que Elisa le pagase bien. Él era una estrella.

—Está bien, descansa —suspiró él.

No, ella no le podía dar lo que él quería. Se quedó medio dormida y cuando abrió los ojos, Leo ya no estaba allí, pero sí Lucas.

—Ey, tú. Menudo lío que has montado en la sierra.

—La hostia de lío. ¿Gigi?

—Está bien, nerviosa. Cuanto antes puedas hacer una vídeo llamada con ella, mejor. No ha parado de llorar desde que supimos que te habían herido y eso que intenté ocultárselo, pero me escuchó. Lo siento.

—¿Estará en casa?

—Sí. ¿Te sientes bien para llamarla?

—Incorpórame un poco. Y… ¿Leo?

—Dijo que volvería luego. Parece menos imbécil de lo que aparenta.

—No te fíes de las apariencias.

Lucas le acomodó en las almohadas y ella se peinó un poco con

las manos. Entonces él llamó y apareció Gigi.

—¡Mami! Estás bien, ¿estás bien?

—Sí, cariñito. Ha sido algo sin importancia, pero ya sabes que los médicos son un poco exagerados a veces.

—Pero tienes mala cara. ¿Me prometes que estás bien?

—Te lo prometo, amor. ¿Y tú?

—He llorado. No quería que te fueras al cielo como el abuelo.

—No pensaba. No, desde luego. Así que ahora que ya sabes que estoy bien, espero que ayudes a Paloma a adornar el árbol de Navidad.

—Sí, pero ¿podrás venir? Si has atrapado a los malos. Papá me dijo que eras muy valiente. Yo de mayor quiero ser como tú.

—Oh, vaya. Bueno, cariño, iremos viendo. Me voy a echar una siesta, ¿vale?

—¿Podremos hablar luego? ¿Puedo ir a verte?

—Iré yo a verte a ti, cuando me quiten los puntos, ¿te acuerdas cuando te caíste de la bici y te pusieron puntos? Pues yo también llevo.

—Vale, mami. Te esperaré. Te quiero.

—Y yo a ti, bichito.

La comunicación se cortó. Lucía empezó a llorar y Lucas la abrazó.

—Ya pasó, estás bien que es lo importante. Y, por cierto, va a haber algo muy fuerte gracias a tu trabajo. Te aseguro que va a ser gordo de cojones.

—Uf, ni quiero saberlo.

—Ya sabes que tendrás que prestar declaración. Puedo pedir a los chicos que pasen con una cámara, si te encuentras bien.

—Sí, adelante. Me lavaré la cara y posaré para la cámara.

—¡Cómo eres! ¿Te has planteado volver? Ahora las cosas son distintas.

—Ya lo veo, pero creo que no.

—¿Porque estás con ese tío del cine?

—No estoy con nadie, Lucas. Solo quiero estar tranquila.

—¿Se puede? —dijo su hermana desde la puerta. También estaba su madre con el rostro descompuesto. Miró a Lucas y este se encogió de hombros.

—Tenía que avisarlas. Me voy, hablamos luego.

Su madre, llorosa, se acercó a la cama y la abrazó con mucho cuidado, no como su hermanita, que la achuchó hasta que se quejó.

—Madre mía, eres mi heroína. Lucas nos contó un poco por encima lo que pasó. Un rodaje, la guardaespaldas, los malos, es como una película de verdad.

—No seas intensa, Sofía, que tu hermana está fatal. Ay, hija mía, estábamos tan preocupadas.

—Estoy bien, mamá.

—¿Volverás a casa mientras te recuperas?

—No lo sé, mamá, si me voy al pueblo, no veré a Gigi. Prefiero quedarme en el piso. Hay una pensión cerca, por si queréis quedaros, donde os habéis alojado otras veces.

—Ahí estamos —contestó su hermana—, pero el aire fresco del campo te iría muy bien y podrías llevarte a Gigi el resto de las Navidades. Seguro que Lucas no te pone pegas.

—Ya veré. Supongo que hasta mañana o pasado no me darán el alta.

—¿Y puedes contarnos algo? ¿A quién protegías?

—A mí. Y fue muy efectiva —dijo Leo asomándose por la puerta con un ramo de flores. Lo dejó en la encimera mientras miraba se acercó para darle un beso en la frente—. Soy Leo Duarte, supongo que serán su hermana y su madre.

—Madre mía del amor hermoso —dijo Sofía con la boca abierta.

Su madre lo saludó con la mano y él se volvió hacia su hermana que todavía no había reaccionado.

—Creo que te suena el actor, ¿no, hermanita? Por algo tienes empapelada toda tu habitación con sus fotos.

Ella se puso colorada y él se echó a reír.

—Si quieres te dedicaré alguna, o podemos hacernos un *selfie*.

Ella asintió sin poder hablar, y Lucía pidió el móvil y les hizo una fotografía.

—Se que acaban de venir a ver a Lucía, pero necesitaría unos minutos a solas. ¿Podría ser posible? Tengo que irme al rodaje.

—Sí, claro —dijo su madre sacando a la hermana pequeña del brazo. Todavía no había reaccionado. Se sentó al lado de la cama.

—¿Tú también eras fan mía?

—La verdad es que no, pero Sofía suele hablarme a menudo sobre ti.

—Ajá. La directora me ha dicho que tenemos que aprovechar el mal tiempo para rodar, aunque los ánimos…

—Claro, ve.

—El caso es que me llevará entre unas cosas y otras un par de meses. Y luego está lo del juicio. He ido a hablar con el inspector que lo lleva y dice que sería mejor que sí declarase, porque la pena será mayor.

—¿Qué quieres decirme, Leo?

—Que no puedo quedarme, pero que deseo que te recuperes y que hablemos por teléfono cuando puedas, y que cuando acabe todo, quiero verte y explorar tu cuerpo, y, sobre todo, pasar tiempo junto a ti y tu pijama de unicornios.

Ella sonrió.

—Oh, pues… supongo que podemos hablarlo.

—Eso me gusta, que no me hayas dicho que no —dijo él

acercándose y dándole un suave beso en los labios—. Nos vemos pronto, super poli. Eres inspiradora.

Ella se echó a reír y él se fue. La dejó sin palabras. No se esperaba esto, pero tuvo poco tiempo para pensar porque su hermana ya estaba allí. Con rostro serio, se sentó en la cama. Su madre estaba al otro lado, tomándola de la mano.

—Lo acepto, Lucía. Te cedo al padre de mis hijos. Todo tuyo.

—¿Gracias?

—¿Vas en serio con ese chico? Parece buena gente —dijo su madre.

—Lo es, más allá de su apariencia física es un buen hombre.

—Y está muy bueno. ¿Ya has probado?

—¡Niña! —abroncó su madre y su hermana se echó a reír.

—Mamá, que Lucía es mayor y ya ha estado casada. Este tipo es la tentación andante. Tonta sería.

—He estado trabajando, Sofi, por favor, seamos serias.

—Pero te ha dicho que quiere verte, algo hemos escuchado.

—No sé qué pasará. Tiene que acabar su película, luego testificar en un juicio feo… las cosas pueden cambiar.

—Tal y como te miraba, no sé, hija.

—Yo tampoco, mamá, yo tampoco.

Capítulo 10: Recuperación

Tenían muchas ganas de marcharse. Todo el equipo suspiró aliviado cuando montaron en los coches y se alejaron del hotel. Por lo menos, Pedro y Carmen estaban contentos y lo siguiente del rodaje iba a ser en los platós de la productora. Además, debido a los últimos acontecimientos, les habían asignado policías para cada momento, desde que se levantaba, en su casa y en el rodaje. Su madre y su hermana tenían miedo, aunque según le había dicho el exmarido de Lucía, no creían que fueran a intentarlo de nuevo.

No se fiaba.

Sin embargo, el rodaje continuó sin problemas. Al principio le enviaba mensajes a Lucía por la noche, tras acabar, para preguntar qué tal estaba. La tercera noche, la llamó, solo porque necesitaba escuchar su voz. Ella se estaba recuperando bien.

La cuarta noche, le hizo videollamada. Quería verla.

—Hoy no llevas tu pijama de unicornios.

—No, lo reservo para otra ocasión.

—¿Una en la que estés conmigo?

—En cuanto a eso, Leo. No sé. Tú tienes una vida muy distinta a la mía.

Él la miró a través del móvil. No podía creer lo que decía. Se puso serio.

—¿Es por el dinero? O porque tuve una vida de mierda hace tiempo.

—Sabes que no. Pero eres famoso, rico y puede que tengas que viajar a Estados Unidos, o yo qué sé, Leo. No somos compatibles.

—Eso es una tontería enorme —contestó enfadado.

—Me caes bien, me gustas y eres muy atractivo, eso sin duda. Pero fue un momento determinado con unas circunstancias extremas. Y ahora necesito descansar.

—O sea, que me mandas a tomar por el culo, ¿no es así?

—Joder, Leo. No es eso. ¿Es que no lo ves? No íbamos a estar bien.

—Eso ya lo has decidido tú sin darnos una oportunidad —contestó enfadado.

—Dame tiempo, Leo.

—Está bien, te dejaré tranquila.

Colgó. No se esperaba esto. Quería conocerla, pasar tiempo con ella y estaba claro que ella no sentía lo mismo por él. El corazón se le encogió un poco.

Su móvil sonó y lo miró esperanzado por si ella había cambiado de opinión, pero era Andy.

—Hola, guapo.

—Hola, ¿todo bien?

—Más que bien. Quería preguntarte cuándo acabas el rodaje.

—Para finales de enero y luego el juicio es el cuatro de febrero.

—Ah, entonces perfecto. El catorce de febrero en San Valentín Viky y yo nos casamos y querría que fueras mi padrino y me llevaras al altar.

—¡Andy! ¡Enhorabuena! Por supuesto, acepto ser tu padrino. Me

alegro muchísimo.

—Puedes traer a Lucía como tu pareja, si quieres.

—Mira, acaba de mandarme a la mierda, dice que vivimos en mundos muy distintos, que si tengo mucha fama, dinero, esas tonterías.

—Oh, lo siento mucho, Leo. Pero yo creo que le gustas de verdad, aunque está muerta de miedo. Ten en cuenta que viene de otra relación que salió mal. Y tiene una hija.

—¿Crees que es eso? Quizá se asustó de mi pasado.

—Me da que no. A lo mejor solo necesita un tiempo para saber que te echa de menos.

—Si dejo pasar el tiempo puede que la pierda, Andy. No sé, nunca me había gustado tanto alguien y no es porque me salvara la vida. Es otra cosa.

—Estás enamorado, Leo. ¡Por fin!

—Creo que nunca me he enamorado. No sé si es eso.

—Madre mía, pues claro que sí. Mira, acaba el rodaje y el juicio, luego serás libre para reconstruir tu vida.

—Eso si no me la joden tras el juicio. Muchas de las cosas se harán públicas.

—Lo sé, pero yo estaré aquí al lado para apoyarte. Y, como dices, si tenemos que largarnos un tiempo, lo haremos, Pero tú sabes que los escándalos van pasando por las noticias. Duran una semana, un mes y luego viene otro y se pasan. Solo hay que aguantar, Leo.

—Aguantaremos.

El rodaje se pasó volando y cuando acabaron, decidieron hacer la fiesta para celebrar el final cuando se estrenaran; el ambiente todavía estaba tenso y aunque habían sustituido a Tony, y la directora estaba muy satisfecha por el trabajo de los dos protagonistas, nadie tenía el cuerpo para celebrarlo.

Se retiró a casa con su familia hasta el día del juicio. Su madre sabía algo, y al final, puesto que iba a ser público seguramente, tuvo que explicarles lo que iba a pasar y que sería mejor que ser fueran.

—Podemos ir con mi hermana que vive en Sevilla, así no nos perseguirán.

—Sí, sería lo mejor. Podéis marcharos ya y vamos hablando.

Todavía se sentía más solo y nervioso cuando se fueron. La casa era demasiado grande para él y aunque hablaba con Andy a menudo, empezaba a estresarse demasiado.

Y al día siguiente tenía el juicio. La patrulla estaba en la puerta de su casa porque su abogado le había dicho que incluso le ofrecieron un trato muy sustancioso por no declarar. Caminó por el salón de su casa sin saber qué hacer. No creía que pudiera dormir esa noche. Cogió el móvil para llamar a Lucía, pero luego volvió a dejarlo.

El timbre de la puerta exterior lo sobresaltó. Tal vez alguno de los agentes necesitaba ir al lavabo.

—¿Sí?

—Hola, ¿puedo pasar?

—¡Lucía!, claro, sí.

Abrió el automático y se fue hacia la puerta, más nervioso todavía. Cuando la vio acercándose a la puerta, el corazón empezó a latir tan fuerte que juraría que ella podía escucharlo.

—Hola, Leo. ¿Cómo estás?

—Me alegro de verte, pasa. No esperaba…

—Bueno, sé que es mañana y quería venir a animarte.

—Gracias, deja el abrigo ahí. ¿Has cenado? A mí se me ha cerrado el estómago, pero puedo preparar algo.

—Vale.

Fueron a la cocina y él la invitó a sentarse en una de las banquetas mientras sacaba de la nevera un par de *tuppers* que le

había dejado su madre.

—Mi madre y mi hermana se ha ido de la ciudad una temporada, para que no las molesten.

—Bien hecho.

—¿Qué tal tu costado?

—Estoy recuperada del todo, gracias. Oye, siento haber sido tan borde, pero necesitaba pensar.

—Lo entiendo. ¿Te parece bien un guiso cubano casero?

—Me encantará.

Lo metió en el microondas y sacó una botella de vino con dos copas. Ella asintió.

—Me alegro de que hayas venido —dijo mientras se sentaba en otra banqueta, a su lado—, estoy muy nervioso.

—Es normal. Yo he tenido que ir a algún juicio y no es agradable.

—Cuéntame algo, por favor. ¿Qué andas haciendo?

—La persona que me contrató para protegerte quiere que trabaje para ella, pero le dije que no iba a ser guardaespaldas, no es cuestión de miedo por mí, ¿sabes? Es por mi hija.

—¿Entonces?

—Ella lo entendió y me ofreció llevar la sede de Madrid, ya sabes, contactar con gente, procurarles un guardaespaldas, información sobre seguridad, ciberdelincuencia, muy interesante, la verdad. He podido alquilar un piso solo para nosotras.

—¡Eso es muy buena noticia! ¿Y cómo lo lleva Gigi?

—Tengo horario flexible mientras cubra objetivos, y está emocionada de tener su propia habitación. La ha llenado de unicornios.

Leo se echó a reír y acarició la mano de Lucía. Era muy fácil hablar con ella, como con Andy, solo que por ella sentía una atracción que no comprendía. La campana del microondas los

sobresaltó y él se levantó para sacar el guiso, repartirlo en dos platos y allí mismo, en la encimera de la cocina, comenzaron a comer.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes después del juicio?

—No lo sé. No he querido firmar ningún contrato para que no tengan que anularlo. A saber cómo queda mi imagen. Pedro está convencido de que no ocurrirá y que los tres guiones de romántica que me han ofrecido seguirán adelante. Dice que me prepararán una estrategia cara al público. Como si yo no fuera responsable.

—Es que no lo eres —dijo Lucía tomándolo de la mano—, es cierto que has sido un *rompecamas*, pero eso todo el mundo lo sabe. En cuanto al resto, has sido una víctima y valiente por enfrentarte a los malos.

Él llevó la mano de Lucía a sus labios y le dio un suave beso.

—Gracias, creo que es justo lo que necesitaba escuchar. ¿Un helado de chocolate?

—Eres el hombre perfecto, ¿lo sabes? —bromeó ella. Él se encogió de hombros.

—Está claro que no soy perfecto para ti.

Se levantó y retiró los platos para abrir el congelador y sacar un bote de helado, luego puso en dos copas y señaló el sofá.

—¿Tienes prisa? ¿Quieres ver una película?

—De acuerdo. Lo siento, Leo.

—Ya da igual. Fui yo el que me equivoqué. Te agradezco que me hagas compañía en estos momentos. Eres una buena amiga.

Se descalzó y se sentó con las piernas dobladas en el sofá. Él buscó en las plataformas y acabaron viendo una de Thor.

—Tú podrías hacer del dios del trueno, tienes el físico más que suficiente.

—Veremos.

Se acomodó en el sofá con el helado, cerca de ella, pero no tanto como para incomodarla. Se moría por besarla y tenerla allí, en su casa, le iba a hacer sufrir unas cuantas semanas. Tenía que aceptar que ella era su amiga y nada más.

Tras esa película, llegó la segunda parte. Sirvió otra copa de vino mientras comentaban las escenas y él le explicaba cómo se hacían. Estaban disfrutando de verdad, pensó él. ¿Cómo era que ella no se daba cuenta de que podría funcionar? Quizá no sentía lo mismo que él. Claro, era eso.

—Debería irme —dijo ella bostezando—, además mañana es un día importante y tienes que estar despejado.

—Me gustaría que te quedaras, que durmieras conmigo, solo dormir.

—¿Cómo cuando estuvimos en la habitación? —medio sonrió ella.

—Es cierto, en realidad te debo una.

—No lo decía por eso, pero está bien. Tampoco me apetece conducir con dos copas de vino. Pero no he traído nada.

—Mi mamá siempre tiene cepillos de dientes de sobra y puedo dejarte algo de ropa o una camiseta mía. Estarías muy sexy.

—Leo…

—Ven, te enseño mi habitación.

Apagó la televisión y la tomó de la mano. Claro que la deseaba y claro que se acostaría con ella. Solo de pensarlo sentía que le tiraban sus pantalones, pero si ella no daba el primer paso, él no lo haría.

—Puedo dormir en otra cama… —dijo ella con poca fuerza.

—La mía es de dos por dos, ni siquiera tenemos que tocarnos.

—Está bien, déjame una de esas camisetas tuyas.

Él miró en el armario y le dio una además de un cepillo de dientes nuevo. Le enseñó el baño y se cambió, se puso un pantalón de

pijama, intentando calmarse.

Ella salió con la cara lavada y la camiseta. No pudo dejar de admirar sus piernas fuertes y torneadas. Ella se metió en la cama sin hablar. Al rato, después de lavarse, se sintió más calmado y se metió con ella. Apagó la luz. Su dormitorio daba a un bosquecillo plantado por los constructores de la urbanización, pero lo mejor era el cielo estrellado. Allí no había contaminación.

—Qué maravilla ver cada noche esto antes de dormir —dijo ella. Él se volvió de lado y acarició su mano.

—Ya sabes, puedes venir cuando quieras —susurró él.

—No empieces.

—Invito a mis amigos a menudo, aunque es cierto que no a mi cama.

Ambos rieron nerviosos. La mano de Leo seguía acariciando la suave piel de su brazo. Él siguió avanzando porque ella no se apartaba. Subió hasta el brazo y notó su tensión. Entonces, paró.

—Lo siento, Lucía. Me muero por tocarte.

—Debería ir a otra cama —dijo, pero se puso de lado y se acercó un poco más.

—Tal vez sería lo mejor porque es complicado resistirse a besar a una amiga.

—Los amigos se dan besos entre ellos, supongo —dijo acercándose un poquito más. Ella rozó con la rodilla su pierna y sintió la corriente eléctrica que lo atravesó. Su erección se iba a salir del pantalón. Pero el juego le gustaba.

—En realidad, nunca le metí la lengua a Andrea. Y es mi amiga.

Ella se echó a reír. Le puso la mano en el hombro de él y pasó el dedo por la clavícula, bajando a su pecho. Él se estremeció cuando acarició sus abdominales, pero tomó su mano.

—Esta vez no, Lucía. Esta vez me toca a mí. Si tú quieres.

—¿Quién se va a resistir a hacerle un favor a un amigo? —preguntó ella con un ligero jadeo.

Leo vio su oportunidad y la iba a aprovechar. Se puso al lado de ella, bien pegado a su muslo para que notara su erección. Ella estaba ahora boca arriba y la iba a hacer subir a lo más alto.

Su mano se deslizó por su muslo, dibujando en su piel pequeños círculos que hicieron que ella jadease suavemente. Luego pasó de sus braguitas para entretenerse en su vientre y subir hacia su ya endurecido pecho. Acarició la parte inferior y luego, con el pulgar movió su pezón. Se apartó un poco, quitó la ropa de cama y se puso de rodillas, cogió la camiseta y la rompió, para dejar su pecho al aire.

—Podría habérmela quitado —dijo ella con la respiración agitada.

—No importa.

Se echó a su lado y su lengua trabajó su pecho, hasta que ella se arqueó, pero no iba a ir deprisa. De hecho, su mano estaba en el muslo, cerca de la ropa interior. Sentía su calor, pero no la iba a tocar de momento. Subió por el cuello y besó la mandíbula, acercándose a su boca. Estaba casi echado sobre ella y tenía que sentir lo muy excitado que estaba. La mano de ella acariciaba su espalda y se estaba volviendo loco.

La besó, primero suave, explorando sus labios como si fueran un tesoro único, pero ella abrió la boca y eso fue su perdición. Gimió cuando sus lenguas se encontraron y pensó que podría correrse en ese momento, así que se apartó.

Bajó de nuevo por su cuerpo, mientras ella se removía, hasta alcanzar su ombligo y su ropa interior. Él se puso entre sus piernas y jugo con sus manos, bordando las braguitas, acariciando por encima de ellas. Quería que ella se lo pidiera.

—Joder, Leo, hazlo —gritó ella cuando él solo besaba su muslo. Se

echó a reír y metió uno de sus dedos entre sus piernas para apartar la ropa interior. Comprobó con satisfacción lo húmeda que estaba.

—¿Puedo quitártela?

—Ya tardas —dijo ella. Se incorporó y le quitó la prenda. Luego, se echó entre sus piernas y las colocó en sus hombros.

—Qué rica, abierta para mí.

Ella gimió cuando él besó su pubis. La lengua comenzó a explorar su clítoris y entre succión y masaje, parecía estar llegando al límite.

Leo levantó la cabeza y ella lo miró enfadada.

—¿Por qué paras?

—Porque te vas a correr ya y se acabará pronto. No quiero eso.

—Maldita sea, tenemos toda la noche.

—¿Es una promesa?

—Sí, joder.

Con una risa, volvió a saborear con su lengua y su mano se dirigió para penetrarla con un dedo. Luego con dos. Mientras succionaba, él se movía rítmicamente. Ella se arqueó.

—Oh, pues sí, joder, me corro.

Los espasmos la hicieron casi saltar de la cama, él lamió toda su humedad mientras ella lo agarraba del cabello para que no parase. Cuando terminó, ambos respiraban agitados.

—Impresionante, Lucía —dijo intentándose apartar, pero ella no lo dejó. Lo sujetó para traerlo sobre ella.

—¿Quieres follar?

—No, cielo, no quiero follarte, quiero hacerte el amor —dijo él mirándola a los ojos. Ella se quedó un poco sorprendida, pero asintió.

Leo se levantó y se quitó los pantalones. Su erección salió liberada y cogió un condón de la mesilla. Se lo puso enseguida y se echó sobre ella.

—No sé si aguantaré mucho Lucía, estoy a punto.

—Lo que sea, Leo.

Se colocó sobre ella y despacio, se fue introduciendo mientras se miraban a los ojos. Se dio cuenta de que era ella, ella era la mujer adecuada. Una vez dentro, apoyado en los codos, pensó que sí, que la quería, que estaba enamorado. Un pequeño movimiento le indicó que se moviera y entonces se entregó. Lo dio todo.

Sus caderas empezaron a moverse al unísono y el ritmo aumentó. Él se enterró en su cuello porque si la miraba a los ojos le diría que la amaba. Gimió a punto de correrse y ella le susurró que también iba a hacerlo. Ambos se movieron hasta que el orgasmo los atrapó, dejándolos exhaustos.

Se quedaron unidos, mirándose y él se mordió el labio para no hablar. Le dio un suave beso y se apartó de ella, con dolor de corazón.

—Voy al baño, si quieres, puedes ir luego.

Ella asintió. Se quitó el preservativo y lo tiró a la papelera, luego se dio una ducha rápida. Claro que se hubiera quedado abrazado a ella, que no quería moverse, pero si lo hacía, le perdería la boca y entonces Lucía se iría.

Ella entró en el baño y le dejó una toalla limpia. Salió, pensando que le encantaría hacerlo en la ducha, pero se sentía destrozado. Se echó en la cama y cuando ella salió, le dio otra camiseta.

—¿Ha pasado algo, Leo? Pensé que te había gustado.

—Demasiado, Lucía. Me ha gustado demasiado, pero es tarde y debería dormir.

—Sí, claro, tienes razón. Es mejor que descanses.

—¿Podrías dormir a mi lado? No te tocaré.

—Eso hacen los amigos, ¿no?

Se acurrucó en su pecho y estaba seguro de que ella podría

escuchar el latido errático de su corazón que acababa de desgarrarse.

Capítulo 11: El juicio

Leo se vistió con un traje de chaqueta oscuro y ella fue al coche a por el suyo. La noche había sido maravillosa y horrible. En ese momento, no sabía qué sentir acerca de él. No había ido con intención de acostarse con Leo, pero había surgido y no se arrepentía, aunque después él había sido algo frío.

Al final, puede que todo se redujera a eso, a que quería acostarse con ella y punto. El caso es que cuando durmieron acurrucados, se sintió demasiado bien. Él estaba nervioso, sin duda y en parte, se alegraba de haberlo acompañado y sí, el sexo había sido espectacular.

Lo acompañó siguiendo al coche de policía que lo iba a llevar. Lucas le había conseguido un pase para entrar en el juicio, que iba a ser a puerta cerrada y sin periodistas, algo que agradeció.

Aparcó cerca y se reunió con él en la entrada trasera. El inspector de policía que llevaba el caso lo saludó con un apretón de manos. Lucas también estaba por ahí y se acercó a hablar con ellos.

—Hola, Lucía. Señor Duarte, le felicito por dar ese paso enorme. Mi compañero le habrá dicho que puede tener consecuencias.

—Lo sé, pero lo que es justo, es justo —contestó Leo. Lucas los

miró.

—No me importa si tenéis una relación, pero que no afecte a Gigi.

—Tranquilo, solo somos amigos —dijo Leo. Lucía frunció el ceño e iba a contestar a Lucas, pero el abogado se llevó a Leo.

—¿Sabes que a veces eres imbécil?

—Soy razonable. Si sale todo su pasado y sí, estoy al tanto, lo van a perseguir. Si estás con él, investigarán sobre ti y no quiero que le afecte a nuestra hija. Lo hago por ella y también por ti. Ya sabes que a veces la prensa mal llevada destroza familias.

—¿Acaso crees que no lo sé?

Se volvió hacia la sala y entró, para colocarse al lado de Andrea y Viky que la saludaron afectuosas. Andrea le dio un sobre para que lo mirase luego y ella lo metió en el bolso.

—Ayer estaba muy nervioso, no sé cómo estará hoy —susurró Andrea.

—Está bien. Al menos esta mañana.

Ella se giró hacia Lucía con una pequeña sonrisa.

—¿Has pasado la noche con él?

Lucía se sonrojó ligeramente, lo había dicho sin pensar. Asintió.

—Oh, eso es una gran alegría, está loquito por tus huesos.

—No, te equivocas, Andrea. Solo somos amigos, puede que con derecho a roce.

—Leo y yo siempre hemos sido amigos y nunca follamos —dijo en su oído—, déjate llevar, chica. Le gustas y te gusta, no es tan difícil.

—Tengo una hija y mi ex dice que…

—Tu ex dirá lo que quiera, lo importante es lo que tú sientes.

El juez entró y todos se quedaron callados. Andrea le dio la mano y ella lo agradeció. Leo estaba sentado en otro lado y no se volvió hacia ella. En la sala, además, habría otros hombres trajeados. Un par de mujeres que supuso serían abogados o asesores.

Conocía al hombre, era un productor muy famoso ahora ya cerca de los sesenta, con una gran cantidad de dinero y poder a sus espaldas. El abogado, como había dicho Amanda, era un tipo que rezumaba seguridad.

El juez comentó que le acusaban de realizar proposiciones indebidas a una de sus ayudantes. Llamaron a la muchacha, que parecía muy nerviosa y el tal Espinal casi la destrozó. Sin embargo, el fiscal aparecía tan tranquilo. Cuando le tocó a él hablar, la habían pintado como una chica fácil que se moría por el poder o el dinero del acusado. Lucía sentía que le hervía la sangre, pero Andrea apretó su mano y negó. El fiscal se levantó.

—Parece que el señor letrado está convencido de que su cliente sería incapaz de realizar proposiciones indecentes a una muchacha, pero me gustaría mostrarles un vídeo donde esto se explica algo mejor.

—Señoría, este vídeo no estaba entre las pruebas que me hicieron llegar —dijo Espinal.

—Claro, letrado, si fuera así, no sería importante. Adelante.

Encendieron el proyector mientras Espinal y su cliente se miraban nerviosos. Al principio, se vio algo oscuro, pero luego apareció una habitación. En ella una gran cama con dos chicas asustadas. Había dos hombres, López, desde luego y cuando se volvió el otro, todo el mundo vio que se trataba de Espinal.

—Esto es intolerable —dijo el abogado levantándose. Dos hombres y una mujer se levantaron y le impidieron marcharse.

—He visionado el vídeo —dijo el juez mandando pausarlo—, y se trata de una violación. Las dos muchachas se suicidaron al poco tiempo debido a ella.

—Puede ser inteligencia artificial —protestó.

—Podría ser, abogado, si no tuviéramos un testigo que corrobora

el vídeo.

Los dos se miraron y Leo se levantó. El fiscal lo llamó al estrado y relató el momento sin nombrar a Andrea. Ella apretó la mano de Lucía.

—Así que debido a los graves hechos y a otros que se van a presentar los próximos días, ambos pasarán prisión sin fianza por riesgo de fuga.

Andrea suspiró aliviada. Leo se volvió hacia ellas y sonrió. Se los llevaron por delante, esposados. Parecía que iba a ser un triunfo. Ojalá fuera así.

Salieron al pasillo de los juzgados y el fiscal se despidió de ellos. Parecía que se iba a acabar todo.

—¿Queréis ir a tomar un café? —preguntó Leo—, creo que me vendría bien comer algo. Esta mañana no me entró nada.

—Claro, vamos. ¿Lucía?

—Sí, yo tampoco he desayunado.

Andrea sonrió un poquito y salieron a la calle, pero allí les estaban esperando una gran cantidad de periodistas.

—¿A qué han venido a los juzgados? ¿Se han casado? ¿Tienen problemas legales?

Un millón de preguntas que hicieron que Lucía se alejase.

—Ya nos veremos, Leo.

Se marchó disgustada hacia su coche. Lucas tenía razón. No podía hacerle eso a Gigi. ¿Y si por su relación con Leo la perseguían o la fotografiaban? La ley impedía utilizar a menores, pero ya sabía que siempre existiría la gente sin escrúpulos. No. Por mucho que le gustara, él era de otro planeta.

Volvió a su antiguo despacho para ver a sus amigas. Se iba a quedar con el elegante local donde la había recibido Elisa, pero quería verlas. Incluso había pensado proponerle a su jefa algún tipo

de colaboración con ellas. Si iban a trabajar con gente poderosa, tal vez necesitaran abogados y una trabajadora social.

Cuando entró, las tres la esperaban, sabían que era el juicio y se habían reunido para apoyarla. Todas las abrazaron.

—Tenemos café, té y bizcochos —dijo Eva que llevaba el pómulo hinchado. Lucía le tomó de la barbilla.

—¿Y esto?

—No ha sido nada, de verdad.

—Ha sido su hermano. Debes denunciarlo, cariño —dijo Amanda. Ella negó y preparó los cafés.

Se sentaron alrededor de la mesita para hablar.

—Supongo que no podrás contarnos nada.

—Si no sale de aquí, algo puedo.

—Ese López es mala gente, ya te lo digo —comentó Carol. Lucía la miró con duda.

—¿Qué pasa, Carol? ¿Lo conocías?

Ella dejó el café porque le temblaba la mano. Negó con la cabeza. Amanda la abrazó hasta que al final, se rompió.

—Es que… no quiero meter en líos a mi familia.

—Cuéntanos, estamos en un círculo de confianza —dijo Amanda. Y así era. Se habían contado muchas de las cosas desagradables que les habían pasado en la vida.

—Os había contado que de pequeña me… secuestraron y no fue exactamente así. Mi madre se drogaba y yo tenía unos doce años. Entonces… me ofreció a un tío. Le pagó por mi virginidad, y por una tarde conmigo —dijo llorando amargamente. Lucía se tensó y Amanda la abrazó más fuerte.

—Cariño, si no te sientes bien, no cuentes más.

—No, es mejor que salga. Debería haber ido a una psicóloga, desahogarme, pero no pude. No he podido. Esa tarde no solo estaba

él, sino que invitó a dos amigos. Uno de ellos era López.

—¡No jodas! —exclamó Lucía furiosa. Eva le puso la mano en el hombro para que se calmara.

—Entonces no era famoso ni nada, pero su familia tenía dinero y mi madre que era mala persona, les hizo fotos. Y luego los chantajeó. En resumen, ellos le pagaron mucho dinero, pero se lo fue gastando en drogas y un día apareció muerta. A mí me llevaron a una casa de acogida. Cuando lo veía en las noticias, sentía muchísima rabia.

—Que hijo de puta. Debes denunciarlo, Carol.

—¿Para qué? No podría demostrarlo.

—¿Y entre las cosas de tu madre? —preguntó Amanda—. ¿No habrá alguna copia?

—Todo lo suyo está en un trastero. Su hermana se quedó con la casa, pero llevó lo que guardaba a ese trastero y desde entonces no las he mirado.

—¿Y su hermana no te acogió? —preguntó asombrada Eva.

—No, porque… porque mi madre se acostó con su marido y se quedó embarazada. Me odiaba. Además de que siempre que íbamos a su casa… desaparecían cosas.

—Joder, qué horror, Carol. Lo siento muchísimo —dijo Lucía.

—No te preocupes, la familia que me acogió se portó de maravilla conmigo. Aunque es verdad que jamás les dije nada.

—Vamos a ir a ese trastero ya mismo —comentó Amanda—. Y si encontramos algo se va a cagar.

Carol se encogió de hombros y bebió un trago de café, nerviosa.

—Voy a llamar a mi ex, es un imbécil a ratos, pero nos podrá aconsejar. Y conoce a los que llevan el caso. ¿Te parece bien?

—Está bien, vamos a ello —suspiró ella.

Amanda volvió a abrazar a la chica y ella llamó a Lucas para

explicarle brevemente. Él le prometió que estarían allí en diez minutos.

Llegó al despacho con el inspector que llevaba el caso. Eva preparó unos cafés y ella les contó de nuevo todo, en presencia de la ahora su abogada, Amanda.

—Es algo horrible, Carol —dijo el inspector—. Si nos lo permite, nos gustaría registrar el trastero, por ver si encontramos pruebas incriminatorias y hacer que ese hijo de puta no salga de la cárcel nunca.

Ella aceptó y les dio la llave y la dirección. Lucas tomó a Lucía del brazo y la llevó a la cocina.

—Has hecho bien. Oye, respecto a lo que te dije, joder, fui imbécil. No tengo derecho a decirte nada acerca de lo que puedes o no hacer con tu vida. Lo siento.

—En parte tienes razón, Lucas —suspiró ella—. Su vida es muy complicada.

—Nosotros no lo tuvimos fácil tampoco, Lu. Yo era uno de los jefes, y no quería que se supiera que teníamos una relación. Cuando la hicimos pública, me presionaron para que te fueras de la policía.

—¿Por eso no me respaldaste en aquel caso?

—Lo siento. Jamás podré disculparme demasiado por haberte jodido tu carrera. Creo que podrías volver.

—Tengo un buen trabajo para Sentinels y no va a ser peligroso. Mira, todo eso pasó ya y por el bien de Gigi deberíamos olvidarnos. Ya no te guardo rencor.

Él suspiró aliviado.

—Parece que Paloma te ha cambiado en muchos aspectos, ya no eres tan imbécil.

—Joder, Lu.

Un ruido fuerte se escuchó y Lucas sacó la pistola y se puso

delante. Eva gritó y corrieron hacia la cocina. El hermano de Eva la estaba amenazando con una navaja.

—Que me des el dinero de una vez.

—¡Quieto! Policía —dijo el inspector y él se volvió, amenazándolos con la pistola. Lucía se acercó por un lateral para buscar a su amiga que estaba paralizada.

Lucas vio lo que hacía y llamó su atención para que no la viera.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? Si es dinero, te lo doy y te largas.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera, la lanzó y a él, al cogerla, se le cayó la navaja. Entonces Lucía le dio una patada en la pierna y lo tiró al suelo. El inspector sacó las esposas y lo detuvo, aunque él forcejeaba.

Lucas recogió su cartera mientras miraba a las mujeres, que estaban abrazadas.

—Es su hermano, Lucas, es alcohólico y juega, pero si pudierais llevarlo al hospital en lugar de a una celda…

—Tiene una enfermedad mental, por favor —suplicó Eva. Ellos asintieron.

—Llama a una ambulancia.

—Iré con él.

—Gracias a dios que estabais aquí —dijo Carol temblando.

—Aunque con nuestra Lucía no nos hace falta nadie más —comentó Amanda orgullosa.

Las tres temblaban cuando se quedaron solas en el despacho. Lucía tomó una decisión.

—Mirad, en mi nueva oficina hay dos despachos más. Si no os importa compartirlos, las tres os venís conmigo. Ya me arreglaré con mi jefa. De todas formas, necesitaba personal.

—¡Siempre juntas! —exclamó Amanda. Se dieron un abrazo, llorando.

Cuando por fin volvió a casa, era media tarde. Estaba agotada y muerta de hambre, Lucas le llevaba a Gigi por la noche y quería estar bien para ella.

Se dio una larga ducha y preparó los ingredientes para hacer lasaña. Los dejó en la bandeja del horno solo para gratinar. Su nueva casa no era tan grande o lujosa como la de Leo, pero estaba orgullosa de ella.

Le envió un mensaje para saber cómo estaba y él la llamó.

—Ya en casa, por fin. ¿Tú cómo estás? Siento lo de los periodistas.

—Es normal, Leo, eres famoso. ¿Saben algo?

—De momento, no, pero imagino que se enterarán. Es una putada. ¿Cómo estás? Me encantaría verte.

—Mi día ha sido raro y complicado.

Le contó todo lo que le había pasado y él se quedó asombrado.

—¿Quieres que vaya?

—No, esta noche me traen a Gigi. De momento… no.

—Está bien, lo comprendo. Solo quiero que sepas que estaré aquí para lo que necesites.

—Gracias, Leo.

El automático sonó y se despidió precipitadamente, porque si no, igual le decía que fuera a su casa, le presentaba a su hija y no, no era el momento.

Gigi saltó a sus brazos y Lucas también la abrazó.

—Peque, ¿por qué no te vas a cambiar? Tengo que hablar con mamá.

—Vale.

—Dime, Lucas.

—Han encontrado las fotos, y no solo eso, sino los negativos. Joder, nombres, apellidos… esa mujer sería lo que fuera, pero lo anotó todo. Los tenemos agarrados por los huevos.

—Cuánto me alegro. Aunque ojalá hubiera sido antes.

—Lo sé. Pero a veces, cuanto más mediático es un asunto, más repercusión tiene, ya que muchos hijos de puta se retienen de hacer cosas y algunas personas se atreven a denunciar.

—Ya, pero todos los afectados…

—El juez ha decretado secreto de sumario y se va a intentar proteger a todos los testigos, aunque ya se sabe, puede que haya alguna filtración.

—¡Ya estoy! —exclamó Gigi.

—Entonces, meteré en el horno la lasaña. ¿Quieres quedarte a cenar, Lucas?

Gigi los miró ilusionada y él asintió.

—Avisaré a Paloma.

—Dile que venga —comentó Lucía de repente. Él asintió sorprendido.

Preparó una ensalada y añadió más queso a la lasaña. La cena fue inesperadamente buena y Gigi se veía muy feliz. Luego, cuando se fueron, la niña la abrazó.

—Es la cena *más mejor* del mundo. No me gustaba cuando os gritabais.

—Lo siento, cariño. Eso ya no volverá a suceder. Y ahora a dormir.

Llamó a Carol para ver qué tal estaba una vez que la nena se durmió y ella, que se había ido a dormir a casa de Amanda, estaba más tranquila. Eva seguía en el hospital, según les dijo y era posible que internasen a su hermano en algún centro en lugar de llevarlo a prisión.

Respiró aliviada y se sirvió una copa de vino. De repente le vino a la cabeza que Andrea le había dado un sobre. Cogió su bolso y lo abrió. Oh, joder, era una invitación a su boda. El día de los enamorados, nada menos.

Por supuesto, él estaría allí.

Capítulo 12: El día de la boda

Se ajustó la pajarita del elegante traje que Andrea le había ayudado a elegir. Iba a ser una boda íntima, solo para los mejores amigos en una enorme mansión cerca de Toledo que se dedicaba a preparar bodas especiales y muy privadas. No serían más de cuarenta personas entre amigos y familia, según le había dicho Andy.

Ella estaba histérica, ajustando su vestido blanco. Ya la habían maquillado y lucía preciosa.

—No sé por qué te pones así, llevas con Viky mucho tiempo. Todo está preparado, estás rodeada de personas que te quieren.

—Y, aun así, Leo. Cuando te cases lo verás —contestó poniéndose delante de él.

—No creo que me case, ya lo sabes. No es lo mío.

—Lo que tú digas. Ven que te arregle la pajarita, que la llevas torcida.

Estaban en el dormitorio donde iban a pasar la noche de bodas, aunque Viky ocupaba otro de momento. Él también tenía una habitación. Esa noche pensaba beber para olvidar, como decía la canción.

—¿Me permitirás ser una de tus madrinas?

—Y dale, Andy. Déjalo ya, joder.

—Estás loco por ella, reconócelo.

—Si no lo oculto, claro que sí, pero ella no siente lo mismo por mí, porque quiere proteger a su hija de este mundo de mierda en el que vivimos.

—Hay hijos de famosos que tienen una vida normal, Leo. Nosotras pensamos tener un bebé por inseminación artificial el año que viene. Y estoy segura de que será feliz. Solo tienes que convencerla.

—No he vuelto a hablar con ella. No creo que quiera, sobre todo cuando se han filtrado algunos detalles sórdidos. Salió uno de mis vídeos explícito.

—Y serás el sueño caliente de muchas mujeres. Ni siquiera han anulado tus contratos. Les das publicidad gratis.

—Lo sé, Andy. Lo sé.

Se sentó en una de las sillas y ella tomó la botella de champán de la cubitera y sirvió dos copas.

—La vida es más fácil que todo esto. Quiero decir, bastante jodidas han sido nuestras circunstancias para que te niegues ser feliz con esa impresionante mujer.

—No quiero arruinar su vida.

—Leo Duarte, ¿eres tonto? ¿Cómo vas a arruinar la vida de alguien que amas?

—Bueno, tal vez la llame mañana —dijo en parte para acabar esa incómoda conversación.

—Me parece bien.

—Andrea, es la hora —dijo la *wedding planner* asomándose. Leo ofreció su brazo y ella inspiró y sonrió.

—Bien, es el día más importante de mi vida. Ojalá también sea para ti.

—Claro que sí, verte tan feliz me emociona mucho.

Ella soltó una risita y le apretó el brazo. Salieron hasta las escaleras, donde pararon para las fotos, luego, continuaron por el pasillo hasta la sala de bodas. Todo estaba decorado con flores rosa pálido y al final, debajo de un arco floreado estaba Viky esperándola. Andrea sonrió y miró a Leo.

—Tal vez no tengas que esperar a mañana —dijo señalándole con la cabeza un banco a la derecha. Él se giró y la vio.

Llevaba un precioso vestido rosa oscuro de tirantes y su melena cobriza recogida en un moño. Le sonrió y el corazón se le paralizó. Luego siguió caminando.

—Eres malvada, Andy.

—O muy buena. Sé feliz, cariño. Te lo mereces.

Acompañó a la novia hasta el altar y luego se quedó de pie, a su lado. La boda fue muy emotiva y procuraba no mirarla, pero su vista se iba todo el rato hacia ella. Estaba deseando que acabara para acercarse y preguntarle si tenía alguna oportunidad.

Cuando al final las novias se besaron, bajó sin esperar más del altar para ir a buscarla.

—Has venido.

—Obvio. Andrea me invitó. Estás muy guapo como padrino, Leo.

—Tú estás preciosa como invitada, Lucía.

Ella se echó a reír.

—Han preparado un bufet libre, así que podemos comer juntos.

—Me gustaría felicitar a las novias.

—Claro, vamos, pero no me voy a separar de ti, hay muchos tíos.

—¡Leo! —exclamó ella sorprendida. Movió la cabeza y soltó una risa.

La tomó de la cintura y se acercaron a ver a las novias, con abrazos y felicitaciones. Andrea los miraba con una gran sonrisa.

—Hacéis una pareja genial, de verdad.

—Solo que no somos pareja, Andrea —dijo Lucía.

—De momento —soltó él. Las novias se rieron y ellos se apartaron para que pudieran saludar a otros invitados—. Vamos a tomar una copa y a picar algo. Las fotos son dentro de un rato.

Se acercaron a una de las barras y él sirvió dos copas de champán. Había pequeños bocaditos para picar de aperitivo y Lucía tomó uno.

—Estoy hambrienta. Esta mañana no desayuné.

—Yo tampoco. Estaba nervioso y a la vez, un poco deprimido.

—¿Por qué?

—No sabía que Andy te había invitado. Si no hubiera sido el padrino, puede que me hubiera escapado para ir a verte.

Ella asintió y se quedó seria, mirándolo.

—Leo, no sé cómo hacer esto.

—Hablemos.

La tomó de la mano y se llevaron las copas hasta un rincón donde había un mirador cubierto que daba al campo. Allí también había bancos para estar tranquilos, rodados de abundante vegetación.

—Esto es precioso.

—Ideal para casarse, ¿verdad?

—Creo que no quiero casarme otra vez, porque… no suele ser para siempre.

—O sí. Nunca se sabe. De todas formas, no es necesario firmar un papel para estar juntos —dijo él a su lado. Miraban el suave día gris con una ligera lluvia que estaba impregnando el ambiente de olor a petricor. Ella se estremeció de frío y faltó tiempo para que Leo se quitara la americana y la pusiera en los hombros.

—Gracias, Leo.

—¿Puedes esperar un minuto aquí? Vengo enseguida.

—Supongo que sí —dijo extrañada.

Leo se escabulló hacia la entrada, había visto algo que le podría servir. Si hubiera sabido que ella iba a venir, lo habría preparado de otra forma, pero por ese día, debería bastar. Hizo lo que debía y se acercó a ella.

—Has ido rápido. ¿Tenías que ir al baño?

—No —dijo él riéndose. La tomó de las manos y le hizo volverse hacia ella. Luego puso la rodilla en tierra y sacó de su bolsillo algo verde y se lo ofreció—. No es un anillo de compromiso para casarte conmigo, pero si es un anillo de quiero tener una relación contigo, porque estoy enamorado de ti, Lucía, y creo que ya no podría tener una vida sin dormir contigo, comer o despertarme cada mañana. Deseo que te pongas ese pijama de unicornios, para poder quitártelo y aunque mi vida es caótica y puede que pase meses fuera de casa, te quiero, te quiero para siempre o para el tiempo que tú consideres. Te quiero a ti y a tu hija, y solo espero que mi equipaje no te asuste o te incomode tanto como para no amarme.

Respiraba agitado mientras ella lo miraba, al principio asombrada y luego emocionada.

—Joder, yo…

Leo se levantó con el anillo que había tejido con unas ramitas de madreselva. Se lo enseñó casi temblando y ella extendió la mano para que se lo pusiera en el dedo.

—La madreselva significa el amor que vence los obstáculos. Sé que no lo tenemos fácil, pero…

—Yo también te quiero, Leo —sonrió ella—. ¿Sabes que cuando estás nervioso hablas mucho y besas poco?

Él sonrió y la tomó de la cintura. Se miraron a los ojos y él le dio un beso suave.

—¿Es un sí?

—Es un vamos a intentarlo y ojalá salga bien.

Lucía pasó los brazos por la nuca y la americana cayó al suelo, pero poco les importó. Los labios de Leo atraparon los suyos y la besó con toda su alma y corazón. Escucharon unos aplausos y tuvieron que separarse, por mucho que no quisieran.

—¡Ese Leo, ese Leo! —gritaba Andy y Viky aplaudía emocionada.

—Os veníamos a buscar para las fotos, pero un poco más y estáis con los pantalones bajados —dijo Viky riéndose—. Tendrás que volverte a pintar los labios, porque este hombre te los ha hecho desaparecer.

—Sois realmente malas. Viky, te has vuelto tan gamberra como Andrea —dijo Leo sonriendo. Ellas se marcharon corriendo y se acercaron a la zona de fotos. Mientras se retocaba los labios, empezaron a fotografiarse. Leo la tomó de la mano.

—Sois los últimos —dijo Andy. Ellos asintieron. No importaba, estaban de la mano y no se iban a separar.

Cuando ya habían pasado, las novias los llamaron. Lucía se puso al lado de Andrea y Leo al lado de Viky.

—Ay, sujétame el ramo que voy a colocarme el velo —dijo Andy y se lo dio a Lucía sin que pudiera protestar. Luego sonrió—. ¡El ramo para la siguiente novia!

Ella se sonrojó y miró a Leo que sonreía ampliamente. Luego les hicieron las fotografías y Andy se negó a que se lo devolviera.

—Creo que hasta que no te pida que seas mi esposa, no van a parar.

—No, no todavía, por favor. Empecemos a ver qué ocurre.

—Estoy de acuerdo. ¿Os mudaréis a mi casa?

—¡Leo! ¿No hemos dicho que despacio? Gigi te tiene que conocer, vayamos poco a poco.

Dejó el ramo en una mesa con la chaqueta de Leo y siguieron

comiendo y hablando, con risas, guiños y felicidad desbordante. Cortaron la tarta y de nuevo hubo más fotos. Luego, empezó la música. La primera canción fue una balada suave y las novias la bailaron en el centro, luego Andy miró a Leo para que se animara y sacó a bailar a Lucía. Solo existían ellos en el mundo. De repente, Lucía sonrió.

—Creo que soy la mujer más envidiada de toda la fiesta.

—¿Por qué?

—¿Te has visto? Un tío en mangas de camisa con un chaleco, hombros anchos, alto, atractivo, un cuerpo de infarto, el sueño húmedo de cualquier mujer.

Él se echó a reír y se agachó hacia su oído.

—Un tío que tiene una habitación en el hotel —susurró él. Ella se mordió el labio—. Solo nos ausentaremos un ratito. Y prometo no despeinarte.

Ella se echó a reír y él la tomó de la mano. Andy los paró y los amenazó con el dedo.

—No más de una hora, que tenemos que bailar toda la noche.

—A sus órdenes.

Se marcharon riéndose, subieron a la habitación y solo habían cerrado la puerta, cuando él la besó como si muriera de sed. Se apartó y acarició su rostro.

—Me muero por hacerte el amor, Lucía.

Se desvistió rápido y ella se colocó delante, admirándolo.

—¿Quieres hacerlo… con el vestido? —preguntó él.

—No, claro.

Ella pasó las manos por detrás de la nuca y con un suave clic, el vestido se deslizó por su cuerpo, dejándola completamente desnuda. Los ojos de Leo se abrieron asombrados, y ella se echó a reír. Luego se acercó, saliendo del vestido, pero con los zapatos puestos. Él la

agarró del trasero y ella trepó en sus caderas, sintiendo su erección.

—Hay una repisa que parece a la altura adecuada, mi vida —dijo él.

—Haz lo que quieras conmigo, Leo —susurró ella y su erección dio un bote.

La colocó sentada sobre la repisa y bajó, acariciándola muy despacio con la boca, hasta que llegó a su clítoris y puso las piernas sobre los hombros.

—Me encanta que estés desnuda y con zapatos de tacón.

—Fetichista —dijo riendo, pero la risa se congeló en un gemido cuando él atacó con la lengua y la sujetó de las caderas para meterse dentro de su humedad.

Ella se estremeció, y él se retiró.

—No todavía.

Se acercó a su bolsa de deporte y sacó una caja de condones.

—¿Ibas a ligar hoy?

Él se echó a reír mientras abría uno.

—Andy me los dio esta mañana, la muy traviesa. Dijo que los guardase por si acaso.

—Bien por Andy.

Se lo puso y se acercó a ella, la tomó en brazos y la llevó a la cama.

—Hoy va a ser rápido, porque me muero por ti. Pero te prometo estar horas amándote en los próximos días, meses y años, Lucía.

—Me parece perfecto.

Se introdujo despacio hasta conectarse. Él la miró con emoción.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero?

—Ajá. Y ahora deberías hacer lo tuyo.

—Por supuesto, amor.

Él se dio cuenta de que ella no lo había dicho esta vez que lo

amaba, pero no le importó. Se movió despacio, rozando sus cuerpos, compartiendo la respiración, el roce, y poco a poco, subió la velocidad. Se incorporó para levantarle la cadera y meterse un poco más dentro. El sonido de sus cuerpos chocando se unió a los gemidos y a los susurros, hasta que se dejaron llevar.

Leo se retiró y se echó sobre la cama.

—Creo que nunca me cansaré de hacerte el amor.

—Yo tampoco. Eres excepcional —suspiró—. Y ahora deberíamos bajar.

—Me quiero quedar aquí. O puedes quedarte a dormir. —Él la miró y ella se levantó y sonrió.

—Este fin de semana no me toca nena, así que soy toda tuya.

Se levantó para darle otro beso apasionado y ella, entre risas, lo apartó. Luego se escabulló al baño para lavarse y arreglarse un poco.

—Esto va a ser un problema, Lucía —dijo él cuando se puso el vestido. Ella se volvió preocupada—. Saber que no llevas nada debajo de ese vestido hará que esté empalmado toda la noche.

Ella se echó a reír.

—Bueno, nadie dice que en un rato nos escapemos de nuevo.

Una vez vestidos y entre risas, bajaron al comedor para terminar uno de los mejores días de su vida.

Capítulo 13: La fiesta

Después de casi un año juntos, Lucía sintió que sí podía funcionar. Al principio había sido un poco reticente y sí que les persiguieron los *paparazzi*, pero al final, como no daban ningún tipo de noticia, dejaron de hacerlo.

Gigi estaba contentísima con Leo, al igual que su madre y su hermana. También había conocido a su familia. Dormía en su casa o él en la suya cuando no estaba su hija. Y si venía, hacían cosas juntos. Durante algunos meses él se fue de viaje a un rodaje en Londres, ella seguía trabajando con Sentinels. ¿Podría ser verdad?

Se estaba maquillando cuando entró Leo con la camisa abierta y dos corbatas.

—¿Cuál?

—La azul pega con mi vestido.

—Genial, gracias. Estoy muy nervioso. ¿Cómo acogerán la película?

—Ha quedado genial, ya lo viste en el pase privado.

—Ya sabes que siempre he estado encasillado en películas románticas y después de todo lo que pasó, han vuelto a sacarlo por el estreno.

—¿No te dijo la psicóloga que no lo mirases?

Él se apoyó en el tocador, con la camisa abierta todavía y la corbata en la mano.

—Lo sé. ¿Llevas ropa interior?

Ella se echó a reír.

—Hace menos de una hora que lo hemos hecho en la ducha, Leo.

—Es por los nervios. Me despejaría la cabeza —contestó él medio sonriendo. Ella jadeó y se levantó del tocador.

Luego, llevó la mano de Leo a la raja del vestido y le hizo acariciar su muslo, lo condujo hasta su culo y él comprobó que, efectivamente, no llevaba ropa interior. La atrajo hacia sí y Lucía se frotó contra su pantalón abultado.

—Me vas a matar —dijo él.

—¿Uno rápido?

La volteó y se puso en su espalda, luego la apoyó en el tocador y le abrió las piernas, levantándole el vestido.

—Amo estos vestidos con vuelo que se levantan fácilmente —dijo mientras se desabrochaba el pantalón.

—¿Por qué crees que los elijo así? —jadeó ella al notar su polla en la entrada húmeda. Se metió de un solo empujón, mientras con su mano acariciaba su abultado clítoris.

Hacía meses que tomaba anticonceptivos y hacerlo sin barreras había aumentado su deseo. Él empujaba con necesidad mientras ambos gemían hasta que ella jadeó más fuerte y entonces él se dejó llevar.

—Joder, no saldría de aquí nunca. No sé qué tienes, amor.

—Para el próximo rodaje ya sabes, te acuerdas.

Ella se retiró y se volvió hacia él, que sonrió.

—¿Celosa?

—Puede. La coprotagonista es bellísima.

Él la besó en el cuello y le bajó el tirante, atrapando el pecho y volviéndola a hacer gemir.

—No busco polvos, porque contigo hago el amor y porque te quiero con locura. Jamás haría nada que pudiera perderte. Por mucho que tenga que besarme con otras.

Ella atrajo su rostro justo enfrente de él. Se mordió el labio y sonrió.

—Espero que no aproveches lo que te voy a decir, pero me pone a cien ver cuando besas a otras.

Leo levantó las cejas y se echó a reír.

—¿En serio? Caramba, tendremos que sopesar eso.

—No, no te voy a compartir con nadie, pero es que verte cómo te mueves, cómo la acaricias o cómo tus labios se acercan, juegas con ellos, metes la lengua, o cómo rozas su piel… No seré la primera que se mete un dedo para gozar contigo.

—Oh, vaya. Eso ha hecho que me empalme de nuevo, Lucía. A este paso vamos a llegar tarde.

Ella se levantó el vestido y se sentó en el tocador. Él la metió de nuevo, fue algo breve, pero igual de satisfactorio.

—Lo malo es que cuando esté rodando pensaré en ti y me excitaré —dijo todavía pegado a su piel. Ella gimió—, deberé pensar en la lista de la compra.

Ella se echó a reír y con gran pena, se separaron y se fueron a lavar. Leo tuvo que cambiarse la camisa algo sudada y salieron en el coche que les fue a recoger, con diez minutos de retraso.

Todos estaban en el estreno de la película, incluidos una gran cantidad de periodistas y fotógrafos. Lucía se fue con Andy y Viky dos pasos más atrás mientras él atendía a la prensa. Aun así, podía verlo actuar y suspiró.

—Madre mía, qué colada estás por él, Lucía —dijo Andrea.

—Más que colada, lo ama —contestó Viky. Lucía sonrío.

—¿Y? Él también me ama. Dentro de lo que es su mundo, somos felices.

—Tom Hanks y Rita Wilson llevan más de treinta y cinco años casados, Samuel L. Jackson y LaTanya Richardson, más de cuarenta, Sarah Jessica Parker y Matthew Broderick más de veintiocho… ¿sigo? —dijo Andrea.

—Que sí, chicas, yo hago lo posible, pero ahora se va tres meses a Australia a grabar una película.

—El sexo telefónico está muy bien —dijo Viky—. Cuando me fui un mes a Londres, no veas las noches tan buenas que pasamos.

—Sí, lo sé. Y no me importa que tenga que irse, de verdad. Solo que lo echo muchísimo de menos.

—Normal, Leo es un tipo estupendo —asiente Andrea—, como los hay pocos. Yo te diría que lo atraparas para siempre. Él lo está deseando.

—Me acojona, Andy. Me muero de miedo a que una vez que estemos casados las cosas cambien. No hay tanta diferencia entre estar casados y no.

—A lo mejor que viviríais juntos y os despertaríais cada día abrazados, podríais acurrucaros en el sofá, con Gigi, ver películas y hacer palomitas. Quizá tener un perrito. O encargar un bebé. Comprometerse con alguien da miedo, Lucía, pero si es Leo, no tienes por qué. Y en caso de que fuera mal, nos lo dices y le damos una paliza.

Lucía se echó a reír y miró a Leo que se volvió hacia ella y le guiñó el ojo. Cuando terminaron con la prensa y las fotografías, por fin se sentaron en la tribuna desde donde se veía toda la sala que estaba llena a rebosar. Leo tomó la mano de Lucía con nerviosismo. Esa película en la que se conocieron había sido muy importante para él y

desde luego, para ella.

—Todo irá bien —dijo ella apretando la mano.

La película comenzó y él, en lugar de mirarla, observó a la gente, sus expresiones, sus exclamaciones y al final, apretó su mano, para ver la reacción final. Cuando salió la directora, aplaudieron a rabiar. Ella dio un pequeño discurso y llamó a los protagonistas.

Leo tomó a Andy del brazo y bajaron al escenario. Entonces, se desató la locura. Todos se levantaron de sus asientos y aplaudieron, silbaron, aullaron con ganas. Ellos sonreían y saludaban, hasta que la presentadora del evento les pidió que fueran callando. A pesar de ello, se escuchó algún piropo para ambos.

—Como todos han podido ver, Andrea Wallace y Leo Duarte nos han regalado una de las mejores interpretaciones del cine de acción y a la vez, romántico. El romance no es un género menor, sino que tiene mucha fuerza, porque trata de sentimientos, y ahora, les dejo con Andrea Wallace.

Aplaudieron de nuevo y ella se acercó al micrófono, nerviosa.

—Muchísimas gracias por este recibimiento. Ha sido un honor realizar esta película junto a personas tan valiosas como nuestra directora, los otros actores —comenzó a nombrar a muchas de las personas que habían participado—, y sobre todo a mi mejor amigo, Leo Duarte. No hay persona más maravillosa, amable, inteligente y con un enorme corazón, además de lo que ustedes ven. No podría ser la persona que soy sin que él hubiera entrado en mi vida.

Andrea se emocionó y él la abrazó. Todos aplaudieron muchísimo. Se retiró, porque no podía hablar más. La presentadora también estaba conteniendo las lágrimas, así que solo lo presentó.

—No puedo mejorar a Andrea en su discurso —dijo con una sonrisa y algunos rieron también—, por supuesto que deseo dar las gracias a todo el equipo, también a mi agente y amigo, a veces

padre, Pedro. Andrea es mi mejor amiga y no concibo la vida sin ella. Pero ahora, permitidme que nombre a alguien que ha cambiado mi entera existencia y que me ha salvado en muchos aspectos. Sabéis que tengo una relación con una mujer maravillosa, a la que pido que baje al escenario. Lucía, por favor.

Ella se puso roja y negó con la cabeza, pero Viky la cogió del brazo y la llevó casi a rastras.

—Esta me la pagará.

Lucía entró tímida en el escenario sin atreverse a mirar al público. Leo le tomó de las manos.

—Sabes lo mucho que te amo, ¿verdad? Y que nunca habrá otra como tú. Por eso, es el momento adecuado.

Sin que nadie lo esperaba se arrodilló y sacó un estuche que abrió. Un silencio se extendió por todo el cine.

—Lucía, ¿quieres casarte conmigo, pasar tu vida entera junto a mí y compartir lo bueno y lo malo, aunque espero que no lo haya?

Ella se quedó mirándolo, todavía sonrojada. Una lágrima cayó por su mejilla y asintió.

—Claro que sí, pero ¿aquí?

Él le puso el anillo riéndose y le dio un beso mientras el público aullaba y se volvía loco.

Se enterró en su cuello y le dio una vuelta en el aire. Ella se echó a reír.

—Eres un capullo.

—Como sé que no me dejarías mal, así has aceptado —susurró en su oído. Sin soltarla de la mano, se acercó al micrófono.

—El amor es maravilloso, ¿no creen?

La tomó de la cintura y mientras salían del escenario, escucharon los aplausos, los chillidos y los silbidos. Les dio igual. En realidad, lo único que deseaban era ser felices para siempre.

Agradecimientos

Muchísimas gracias por leer esta novela que me ha hecho emocionarme en algunos momentos. Como bien sabes, mis novelas suelen ser cortas y directas, pero llenas de emoción.

Te agradezco mucho por haberme elegido entre todas las que hay en el mercado.

Si te apetece leer alguna novela similar, puedo aconsejarte la primera de la serie Omega, también un thriller romántico con mucha acción y algo explícito, como este.

Se titula Reglas Prohibidas y puedes encontrarlo aquí: https://www.penguinlibros.com/es/novela-romantica/341155-ebook-reglas-prohibidas-seccion-omega-1-9788410012783

Y ahora, la presentación:

Anne Aband es autora de más de ochenta novelas de romántica en varios subgéneros, sobre todo, fantasía romántica. Ha ganado varios premios literarios y en este momento se dedica cien por cien a escribir.

Le encanta leer, pasear por la naturaleza, abrazar árboles y tomar té por litros.

Sus libros son adictivos, cortos, al grano. No se entretiene en

descripciones y sí en profundizar en los sentimientos y en las emociones de los personajes. Si el libro lo requiere, con mucha acción.

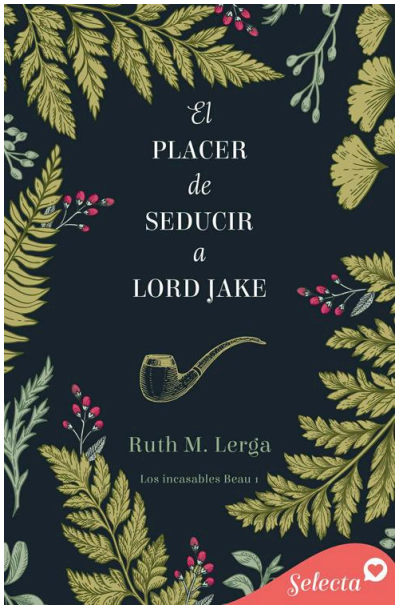
Encuéntrala en su web www.anneaband.com o en redes sociales como Instagram donde se siente como pez en el agua: @anneaband_escritora

Y si te apetece escribirle, siempre contesta. Este es su correo: info@anneaband.com

Si te ha gustado

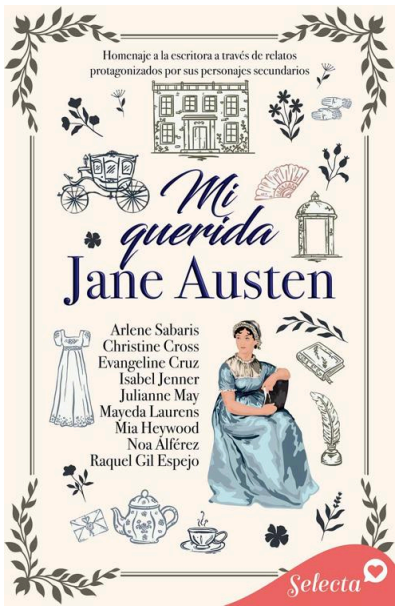
Plano mortal

puedes disfrutar de estas



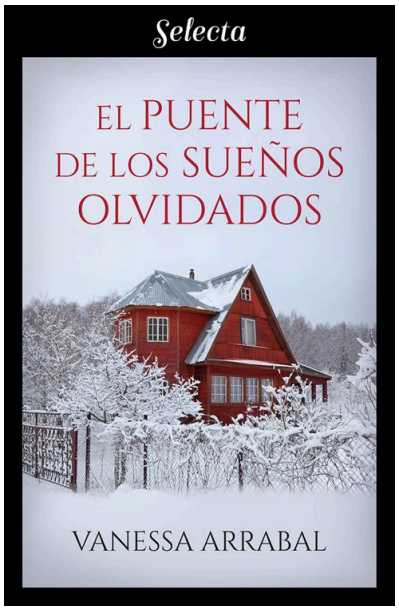



La impostora
ANA M. LUJÁN
PAULA SERRANO
Selecta


Homenaje a la escritora a través de relatos protagonizados por sus personajes secundarios
Mi querida Jane Austen
Arlene Sabaris
Christine Cross
Evangeline Cruz
Isabel Jenner
Julianne May
Mayeda Laurens
Mia Heywood
Noa Álférez
Raquel Gil Espejo
Selecta


MIA HEYWOOD
La rosa roja del jardín
Las huérfanas de Hopeless Park 3
Selecta


La HIJA PERDIDA DEL BARÓN
MARIAN ARPA
Selecta


Selecta
EL PUENTE DE LOS SUEÑOS OLVIDADOS
VANESSA ARRABAL

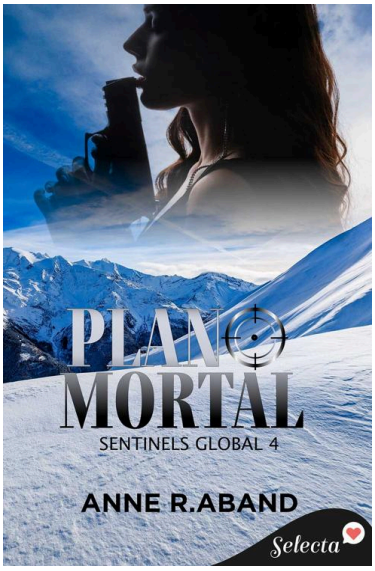

Elizabeth Bowman
Raquel Gil Espejo
Julianne May · Encarna Magín
S. F. Tale · Laimie Scott
Emma Maldonado· F. Jenner
Natalia Sánchez Diana
Marian Arpa · Livia Nohi
Una vez en diciembre
Selecta

La atracción es real. Las amenazas también. Resistirse solo complica las cosas.

UN ACTOR EN PELIGRO.

UNA EXDETECTIVE IMPARABLE.

Y UNA PASIÓN QUE NO ESTABA EN EL GUION.



Lucía Fernández pensaba que ya lo había visto todo. Hasta que le asignan al hombre más deseado de España…

Leo Duarte. Actor de fama internacional. Testigo protegido. Objetivo de alguien que quiere borrarlo del mapa.

Él rueda una película de policías. Ella es la única que puede mantenerlo con vida. Y ninguno esperaba que lo más explosivo… fuera la tensión entre ellos.

Lucía es pura disciplina. Leo, puro caos envuelto en carisma.

Ella necesita mantener la cabeza fría. Él, empieza a desear que nunca se aleje de su lado.

Rodajes. Secretos. Balas que se desvían. Y un deseo que no admite cortes ni segundas tomas.

¿Hasta dónde llegarías para proteger a alguien que no deberías desear?

Un thriller romántico lleno de química, giros letales y pasión contenida. Porque a veces, lo más peligroso… es lo que sientes.

Anne Aband es autora de ochenta novelas de romántica en varios subgéneros, y fantasía romántica. Ha ganado varios premios literarios y en este momento se dedica cien por cien a escribir.

Le encanta leer, pasear por la naturaleza, abrazar árboles y tomar té por litros.

Sus libros son adictivos, cortos, al grano. No se entretiene en descripciones y sí en profundizar en los sentimientos y en las emociones de los personajes. Si el libro lo requiere, con mucha acción.

Encuéntrala en su web www.anneaband.com o en redes sociales como Instagram donde se siente como pez en el agua: @anneaband_escritora

Y si te apetece escribirle, siempre contesta. Este es su correo: info@anneaband.com



Edición en formato digital: enero de 2026

© 2026, Anne R. Aband
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-93-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Plano mortal
Capítulo 1. La misión
Capítulo 2. Petición imposible
Capítulo 3. Sin perderlo de vista
Capítulo 4. Primer intento
Capítulo 5. Segundo
Capítulo 6. Una historia fea
Capítulo 7. Tocando corazones
Capítulo 8. Te salvaré
Capítulo 9. Amenaza real
Capítulo 10. Recuperación
Capítulo 11. El juicio
Capítulo 12. El día de la boda
Capítulo 13. La fiesta
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Anne R. Aband
Créditos